A. MARTIN DE LUCENAY

pedagogía sexual



1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

55

A. MARTIN DE LUCENAY

PEDAGOGIA SEXUAL

Las normas científicas.—El hogar, la escuela y la calle.—La coeducación.—La misión del médico.—El sistema ruso.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO, 8025.—MADRID

PRIMERA EDICIÓN
MAYO 1934

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

Bolaños y Aguilar (S. L.). Talleres gráficos. Altamirano, 50, Madrid.

PROLOGO DEL TEMA

Hace medio siglo nada más, una mujer sueca, Ellen Key, a la que después imitaron otros autores, propuso la norma de conducta que debía seguirse en la educación sexual de los niños, verdadero problema que aún seguía—y sigue—sin solucionar en la mayoría de los países de cultura moderna, en tanto que, como ya hemos visto, los pueblos primitivos han olvidado los orígenes de esta clase de pedagogía, tan antigua como su historia misma.

No sabemos dónde tuvo su origen la pedagogía sexual; pero hace tres mil años los egipcios se ocuparon de este importantísimo aspecto, según se demuestra por un papiro hallado por los arqueólogos que desempolvaron los vestigios de la vieja civilización.

En aquel tiempo era obligatorio a un padre decirle a su hijo tan pronto como era capaz de comprenderle: "Hijo mío: te he dado una madre que, como un pesado fardo, te llevó en sus entrañas durante nueve largos meses, sin que yo la ayudase, porque no podía, y sin que ella pudiera descansar en nada. Cuando naciste, bañado en la propia sangre de la que tanto padeció para traerte a la vida, empezaste a someterla a tu yugo, durante tres años, con los pezones de sus pechos constantemente en tus labios, que succionaban ansiosos el sustento para tu vida. Tus excrementos nunca la asquearon ni la obligaron a decir: ¿Qué he hecho yo? Cuando tuviste edad para ir a la escuela, ella, con perfecta regularidad, llevó el pan y la cerveza a tu maestro. Cuando, a tu vez, te cases y tengas un hijo, trátale como tu madre te trató a ti y hazle saber cuanto desde hoy has empezado a escuchar de mis labios, que son los del ser que más te quiere, después de tu madre."

El sexo, para ser consciente de su importantísima misión social—y al decir social incluímos en la palabra absolutamente todas las manifestaciones que son necesarias a un pueblo, a una nación o a una raza para evidenciar su potencialidad en todos los órdenes y desde todos los puntos de vista desde que se analice—, para ser consciente de su papel,

repito, necesita ser conocido clara y completamente en todas sus evoluciones, empezando su estudio, naturalmente, desde la edad más joven, desde la infancia, desde el instante en que el niño se encuentra en disposición natural de coordinar las frases y comprender las ideas, dándoles una interpretación justa y normal.

La desorientación sexual de la humanidad empieza en la niñez del individuo, que es cuando se practican muchos vicios que tienen su origen en la actitud equivocada de los propios padres, ineducados sexualmente, que sostienen el prurito estúpido de que el sexo es "pecado". El instinto sexual nace en el individuo, sea del sexo que fuere. El niño, cuya imaginación está siempre dispuesta a investigar, a inquirir, a explicarse el secreto de todas las cosas, no puede permanecer indiferente ante ese gran fenómeno de su propia sexualidad, que le llena de inquietudes, y por eso no desdeña ocasión para añadir a sus conocimientos el porqué y la razón de cuanto a él le parece extraño o nuevo.

Y es evidente que cuantas más dificultades se opongan a su empeño, ya sean accidentales o premeditadas, tanto más interés pondrá en juego para cimar en el logro de sus aspiraciones. Cuanto más alto se habla delante de un niño, menos atención presta a lo que se dice. Por el contrario, hablad en voz baja, dad a la conversación cierto aire de misterio, veladla todo lo posible, procurando que abunden las reticencias, y el niño, es bien seguro, no tardará en conocer y comprender el alcance o el significado de cuanto quisisteis ocultar a su perspicacia, doblemente excitada por su inteligencia natural y por su más natural instinto.

Y si el tema se refiere a un aspecto de la sexualidad, precisamente en virtud de la razón poderosa de que todos ponen especial empeño en silenciar las ideas en su presencia, su curiosidad se manifestará bastante más acuciada que si la charla se hubiese referido a un hecho de menos transcendencia para su imaginación. Todo esto puede observarse en la vida cotidiana por los padres, los hermanos mayores y cuantas personas convivan con el niño, cuya ingenuidad e ignorancia quieren prolongarse hasta esos límites perniciosos y fatales para la posterior evolución de las actividades más naturales a que la existencia someterá al desdichado párvulo.

El sistema brutal de ocultar el peligro hace que se caiga en él con mayor facilidad: el que sabe dónde hay un abismo nunca se acerca a sus bordes. Y la sexualidad, tan natural y tan bella cuando se la conoce, es el abismo más negro y más terrible cuando se pretende ocultar su existencia, tan llena de peligros, de dolores y de enfermedades, que

sólo pueden evitarse al cabo de una edad llena de sufrimientos, cuando ya no hay remedio, cuando el error o la ignorancia produjeron esos resultados fatales, que no mitigan todas las experiencias ni resuelve tampoco la sociedad, culpable de estos errores monstruosos de una moralidad estúpida y homicida.

LAS NORMAS CIENTIFICAS

Los educadores y su preparación.—Las normas pedagógicas de los pueblos supercultos.—Ia incultura de los padres.—La objetividad del maestro.—La psicología sexual.—Los métodos de enseñanza.—La Botánica y la Historia natural.—La difícil ignorancia del niño.—El origen de los niños.—Instrucción acerca de la procreación.—Puntos más importantes de la educación sexual.—La edad de iniciarla.—Fuentes de estudio para el pedagodo.

Seguramente la clave principal del importante problema de la educación sexual de la infancia está en la capacidad que deben de tener los instructores. Para realizar una verdadera selección de educadores, es necesaria, ante todo, la contribución de la ciencia, que, como dijo Hinton, "es quien tiene en sus manos la llave de la pureza".

Inglaterra fué el país que dió el primer paso acerca de la introducción de la instrucción sexual en la pedagogía, pero el puritanismo inglés rechazó casi de plano la reforma, y las cosas quedaron en tal estado. Ha sido en Suecia, en el Canadá, en Estados Unidos, en Alemania y, más recientemente, en Rusia, donde la cuestión se ha afrontado con toda serenidad. El médico americano Dr. Prince Morrow, emprendió una vigorosa defensa de la propaganda de la pedagogía sexual, en lo que le secundaron la doctora Putnam, Stanley Hall, Bigelow y otros eminentes hombres de ciencia. Stanley Hall, que intervino en la dirección de numerosas escuelas y colegios, introdujo sus sabias normas, que fueron aceptadas sin discusión. Al mismo tiempo se editó una abundante bibliografía, admirablemente dirigida, y estos libros ocuparon un lugar preferente entre los textos de esas escuelas.

En el Canadá, especialmente en Ontario, se introdujeron hace ya muchos años los métodos de enseñanza sexual más adecuados. A partir de los diez años, los niños y las niñas son cuidadosamente

instruídos en lo que concierne a la fisiología, al paso que se les enseña, con la mayor naturalidad, a respetar la función sexual. A este propósito decía Barlow que la enseñanza "se ha llevado a cabo sin ofensas de ningún género". Los niños reciben instrucción por medio del libro, la conferencia y el cinematógrafo. Los cursos de educación sexual del niño por radio pueden escucharse desde todos los puntos del Canadá, especialmente en las escuelas.

En Suecia se sigue el procedimiento de los educadores canadienses, y los niños empiezan a estudiar los textos de fisiología e higiene sexual tan pronto como aprenden a leer. Las niñas aprenden a cultivar la higiene de sus órganos sexuales por medio de instrucciones y grabados de una sencillez encantadora.

Desde hace mucho tiempo, en las Escuelas Normales italianas se concede a las cuestiones del sexo una importancia enorme, especialmente a los aspectos que se refieren a la reproducción, que se consideran como un proceso educativo imprescindible. En la actualidad, bajo el mando de Mussolini, estas enseñanzas se dan en las escuelas primarias, principalmente en lo que afecta a la higiene, elementos de la ciencia de la Maternidad para las niñas, contagio y desarrollo de las enfermedades venéreas y otras instrucciones semejantes.

En Alemania, Austria y otros países de la Europa Central, es muy eficaz el sistema de las conferencias semanales explicadas por médicos o pedagogos suficientemente preparados. Hace años, en Breslau, las autoridades encargaron al Dr. Chotzen de dar un curso a 150 maestros acerca de los métodos de enseñanza de las cuestiones sexuales, ya que estos educadores, por lo general, no son capaces ni están debidamente preparados para hablar de la higiene sexual. El Dr. Chotzen siguió un curso de varias conferencias en las que los cursillistas aprendieron la anatomía de los órganos de la reproducción con todas sus particularidades fisiológicas, el desarrollo del instinto sexual, sus aberraciones y desviaciones principales, lo concerniente a la adquisición, profilaxis y curación de las enfermedades venéreas y lo más notable relacionado con la abstinencia relativa y el dominio de los impulsos del sexo.

Este sistema, que ya cuenta en esos países con más de un cuarto de siglo de edad, fué copiado por los educadores de otras naciones; probablemente de todas, no siendo España y Portugal, cuyos países son los únicos en donde se consideran inmorales y pornográficas las publicaciones que se refieren a la enseñanza sexual.

En Suiza se atiende con el máximo interés a estos aspectos de la pedagogía y la educación sexual de los jóvenes. El Dr. Ceresole opina "que es más necesario para el bienestar físico y moral del niño que se le instruya en las cuestiones sexuales, que el que se le enseñe cualquier otra de las asignaturas escolares actuales... A las personas que rehuyen todas las cuestiones sexuales, considerándolas inmorales—agrega—, he de responderles que un hecho o una verdad científica nunca son inmorales, y que la hipocresía y el ocultamiento que prevalecen ahora respecto a tales materias, sí lo son". Por mi parte, conozco el caso de un juez que procesó al autor de un folleto acerca de la profilaxis de las enfermedades venéreas, criterio moral que no fué obstáculo para recibir en la plataforma de un tranvía, y en pleno rostro, la inofensiva y sonora bofetada de las blancas manos de una señorita con la que el sátiro campeón de la moral se había tomado ciertas repugnantes libertades. De estos casos pudieran citarse muchos, en demostración de que la moral oficial es una cosa y la verdad científica otra bastante despreciable en el ánimo de esos insensatos sin moralidad alguna.

El Dr. Walter M. Gallichan, autor de un "Tratado de educación sexual" que ha sido traducido a todos los idiomas, concede especial atención a la preparación de los educadores sobre estas cuestiones. "La resistencia a penetrar en esta rama del conocimiento —dice—está tan arraigada en algunos hombres y mujeres, que constituye una incapacidad positiva. Si el maestro no siente celo por este tema y no se toma un interés serio y científico, no es apto para esta importante tarea. Antes de que podamos introducir en la Pedagogía esta reforma tan necesaria, debemos convencer a un grandísimo número de maestros de ambos sexos de la gran necesidad de esa reforma. Hay aún personas, no del todo faltas de inteligencia, que creen que el eludir esta cuestión es conveniente para la moralidad, pues temen que toda clase de conocimientos sexuales pueden perjudicar al pudor natural de la juventud."

He aquí, pues, el defecto fundamental, el obstáculo más grave con que se lucha por los reformadores, que, desgraciadamente, forman minoría, para enfrentarse con amplias probabilidades de éxito en esta cuestión. El defecto, a su vez, tiene su origen en la educación del niño, que más tarde había de abrazar la profesión del Magisterio, pero con arreglo a las normas viejas, a veces brutales y hasta sádicas, si nos atenemos al criterio pedagógico, aún existente, de que "la letra con sangre entra".

Una gran parte de los educadores, especialmente mujeres, pro-
ceden de los distritos rurales, donde con más profundidad están
arraigados los tradicionales prejuicios referentes a la sexualidad.
Estos funestos principios forman parte de la masa de la sangre de
esas mujeres, admirables a pesar de todo, para la enseñanza de
las niñas, que aprenden a coser, a bordar y hasta a tocar el piano
en estos tiempos de maquinismo, radio y pianola. Es muy difícil
y hasta imposible extender su ministerio hacia las más elementa-
les normas de la higiene sexual, porque en la mayor parte de estas
educadoras subsiste el criterio de que toda alusión o cualquier
práctica relacionada con esos órganos es un pecado, con arreglo al
criterio ascético subsistente en los medios donde fueron educadas
en su infancia.

Estos prejuicios reprimidos han de restar, forzosamente, no sólo
entusiasmos, sino también voluntad para el desempeño de esta
misión. Todo lo que no sea acometer la obra con absoluta sinceri-
dad será contraproducente, aparte de que la preparación no siem-
pre es fácil ni tampoco es tan sencillo como parece en principio
adueñarse completamente de la atención del niño, al que, natural-
mente, hay que suponer más o menos influenciado por las enseñan-
zas perniciosas de la calle y hasta de la sociedad de sus condiscí-
pulos. La explicación de estos asuntos requiere, principalmente,
un tacto exquisito, a lo que hay que conceder bastante más im-
portancia que al mismo conocimiento técnico de la materia sexual.

Gallichan, refiriéndose a la preparación del maestro, dice: "Debe
tenerse la convicción de que la cuestión sexual es un tema esen-
cialmente limpio y la capacidad de distinguir entre la simple curio-
sidad ociosa o el hábito lascivo del espíritu y la verdadera inclina-
ción por adquirir el nocimiento en servicio de las más altas nece-
sidades de la humanidad. El maestro tiene que poseer una percep-
ción espiritual de la sólida fuerza del amor, así como una apre-
ciación del método científico. Debe de tener algo del artista o del
poeta junto al fisiólogo y al psicólogo. Si el instructor de los jóve-
nes en las reglas de una vida sexual saludable y moral no puede
tocar las cuerdas sensibles de la juventud, nunca será el preceptor
ideal. Pues aunque la enseñanza debe ser en algunos casos com-
pletamente desapasionada y objetiva, hay ocasiones en que es muy
esencial la simpatía personal dictada por la perspicacia y por el
conocimiento del corazón humano."

Estamos completamente de acuerdo con esta opinión del sabio

pedagogo. Pero no se nos oculta que la perfecta misión del maes-
tro está erizada de dificultades, no digamos ya de índole técnica o
didáctica, sino en virtud del eco que esas enseñanzas pueden en-
contrar en el mismo hogar del alumno, en el que sus propios pa-
dres carecen de la suficiente preparación o disposición para inter-
pretar debidamente tan sabias doctrinas.

Por lo tanto, la lucha no es sólo con el niño, sino que también
con los padres, que difícilmente—nos referimos a los pueblos me-
ridionales—aciertan a comprender el verdadero significado ético
y moral de tales enseñanzas. Para una gran mayoría de padres, la
sexualidad quiere decir prostitución, libertinaje, vicios y enferme-
dades. Si tenemos en cuenta las bases de la institución matrimo-
nial por un lado, y por otro la enorme proporción de matrimonios
mal avenidos o espiritualmente divorciados, en el mejor de los
casos la enseñanza de las cosas sexuales se interpreta como el
camino perfecto del matrimonio, aunque ese camino no conduzca
siempre al matrimonio perfecto. Yo he oído decir al padre de dos
hijos que prefería todo, incluso que los jóvenes fuesen homosexua-
les, antes que maridos de mujeres incomprensivas. Aquí nos en-
contramos con el viejo pleito de los infortunios conyugales, en
los que, a pesar de todo, no siempre es responsable la mujer. Este
cariño paterno resulta esencialmente equivocado, sobre todo cuan-
do se tiende a apartar a los hijos de la institución matrimonial
fundándose en la propia desdicha. Y hay que reconocer, por en-
cima de todo, que la base de un matrimonio perfecto depende
muchas veces de la clase de educación recibida en la adolescencia
y de la práctica sexual mejor ordenada.

Cuando dice Gallichan que el maestro tiene que poseer una per-
cepción espiritual de la sólida fuerza del amor, tiene que partir
de la base de que ese maestro, si es casado, sea feliz en su matri-
monio. Si no lo es, su misión sólo resultará útil en lo que con-
cierne a la educación sexual más elemental. Pero si es un fracа-
sado del amor, si no posee esa "percepción espiritual", nos en-
contraríamos con el hecho evidente de que no se encuentra sufi-
cientemente preparado para hablar en pro de una teoría que a él
mismo le ha producido el dolor de las renunciaciones. Dice un
antiguo adagio castellano que "cada uno cuenta de la feria según
le va en ella"; y mal puede hablar bien del matrimonio quien,
yendo a él con todas las ilusiones y todos los entusiasmos, expe-
rimentó el más terrible de los fracasos sentimentales.

Claro es que esta es la parte espiritual o social del gran proble-
ma, y, hasta cierto punto, no es nada difícil desvincular los hecho
físicos de los actos psicológicos. Puede hablarse de la anatomía
y la fisiología de la sexualidad prescindiendo en absoluto de los
demás aspectos, no cabe duda; pero, a pesar de todo, el niño
el adulto, es decir, el mismo educando, tienen derecho a expone
ciertas preguntas o a inquirir las razones de la atracción sexual
lo que ya entra de lleno en el terreno de la psicología del amor
en el amor verdadero, y del que sólo es posible hablar cuando de
él se posee la necesaria experiencia, lo mismo favorable que ad-
versa.

La psicología del niño no es siempre difícil tratándose de indi-
viduos sanos y normales. Por otra parte, tampoco es conveniente
establecer un sistema de educación colectiva para niños de ambos
sexos y de diferentes edades. Pero todos estos conocimientos y
esta facultad de discernir sólo pueden y deben adquirirse de una
manera privada y con la ayuda cordial de los textos científicos.
Ni en las Universidades ni en las Escuelas existen profesores de
psicología sexual. Gallichan cree oportuno que el instructor se
someta previamente al análisis de su personalidad por un espe-
cialista del psicoanálisis, fundándose en el hecho de que "en to-
dos nosotros existen elementos psíquicos opuestos, una acumula-
ción de los detritus de las edades primitivas, una resistencia a
tratar de la cuestión y una sensación de timidez al abordarla".
Todo esto lo propone con el fin de que el educador adquiera la
certeza de que, en primer lugar, se conoce a sí mismo, base fun-
damental de la ciencia de conocer a los demás.

Pero a mi juicio, aunque el procedimiento deba ser considerado
como el más perfecto, creo que es demasiado exigir a un peda-
gogo, sobre todo si vemos que lo que más importa estriba en
captarse la confianza del niño, lo que depende, más que nada, de
la simpatía personal del maestro, de su carácter, de su amor a la
profesión. Seleccionar educadores sexuales es muy difícil en cier-
tos casos; pero no tanto como parece en la generalidad de ellos.

El psicoanálisis creo que tiene muy poco que ver con la prepa-
ración del educador; con el autoanálisis hay bastante, es decir,
con la vocación por un lado y con la idoneidad por otro. Si es
cierto que en nosotros existen los restos o los "detritus" de las
edades primitivas, la cultura es bastante para dominar esos im-
pulsos. En el peor caso, cuando esos detritus tomasen la forma

de impulsos, ya no es al niño a quien debe educarse: es al educa-
dor a quien se debe medicinar o tratar adecuadamente. Por otra
parte, siempre hay facilidad para seleccionar a estos elementos,
caso que nada tiene que ver con la presente discusión.

En cuanto al método didáctico, se ha discutido mucho la forma
de iniciar la educación del niño y los procedimientos que, en pri-
mer lugar, deben ser puestos en práctica. El sistema preconizado
por Havelock Ellis, entre otros que propone, se refiere a la Cien-
cia botánica, si es que los padres opusieran reparos, lo que ocu-
rre casi siempre, al empleo de los métodos de la psicología animal
o natural. Este sistema, dice el citado tratadista, que debe em-
plearse con los niños que no han llegado a la pubertad, ya que de
todas las Ciencias Naturales, "la Botánica es la que mejor admite
una instrucción incidental de los hechos fundamentales del sexo".

Esta idea es, no obstante, muy antigua. En 1785, Salzmann opi-
nó que, en primer lugar, se debía recurrir a la Botánica para
dar cierta instrucción sexual a los niños, completándose la ense-
ñanza con los ejemplos de la Zoología. Posteriormente, otros au-
tores se han mostrado de acuerdo con dicha teoría, y al intensi-
ficarse la propaganda de la enseñanza sexual de la infancia ya se
establecieron sistemas y se escribieron tratados en los cuales los
ejemplos se referían a los anfibios, la gallina y sus huevos, e in-
cluso a la anatomía humana, fundándose en las investigaciones
en los cadáveres, como medio adecuado para garantizar que la
enseñanza de las cuestiones sexuales estuviese desprovista de
toda idea de lujuria. Este procedimiento anatómico fué recha-
zado, ya que la sensibilidad del niño no es la más apropiada para
enfrentarle con los cadáveres.

Gallichan considera muy útil el conocimiento de la reproduc-
ción de las plantas primero, de los organismos unicelulares y los
infusorios después, y, por último, de las aves y los cuadrúpedos,
hasta llegar al hombre. Propone en su breve plan de instrucción
los estudios sobre la embriología, estudio de la Naturaleza, Fi-
siología, Psicología sexual, Antropología, Higiene y Etica sexual.

En todos estos sistemas o enunciados, se basa en la Botánica y
en la vida de los animales inferiores. A pesar de todo lo ventajoso
que a primera vista parece este procedimiento, estimo que la
tarea es demasiado complicada y bastante árida, ya que, aunque en
realidad existe una gran semejanza entre la reproducción, por ejem-
plo, de las plantas o de las aves, es imposible o muy difícil mezclar

las enseñanzas acerca de la psicología sexual humana, que es el punto esencial, para que en la mentalidad del niño pueda formarse la predisposición adecuada, o mejor, el conocimiento completo del problema con la celeridad y precisión que hay que considerar precisas, sobre todo en los tiempos modernos, en que las sugestiones de la calle, del espectáculo y de las costumbres no dejan tiempo para extenderse en consideraciones o "andar con rodeos", si no quiere correrse el peligro de que sea demasiado tarde cuando se intente ilustrar al niño en tan delicadas materias.

Por otra parte, es completamente ilusorio pensar en que el niño acuda a la escuela desprovisto de toda idea, generalmente equivocada, respecto de las funciones más elementales del sexo. Hay que tener en cuenta ese fenómeno natural que los freudianos sitúan en los primeros días de la vida de la criatura: el autoerotismo, o, si se quiere, la masturbación, hecho frecuentísimo y de lo que ya hemos hablado con la extensión debida en el volumen correspondiende.

Además, sabiendo, como sabemos, que el instinto sexual se manifiesta en el individuo, de una manera o de otra, antes de los seis años, y esto por regla general, resultaría contraproducente o ineficaz al menos entretener al niño con instrucciones de cualquier índole que al no referirse, según la mentalidad infantil, al hecho central de su preocupación, es decir, de su instinto más o menos acusado, perderían interés para él, y su imaginación volaría en demanda de explicaciones más concretas y que mejor calmasen sus naturales inquietudes o deseos.

No es posible creer ciegamente en la completa inocencia del niño, sobre todo si ha frecuentado la sociedad de personas mayores, ya sean hermanos, amigos o individuos de la servidumbre. Para empezar a educar sexualmente al niño en la forma que hasta ahora han propuesto la mayoría de los pedagogos, sería preciso que la criatura viviese en un estado de absoluta inocencia o de completa inopia, por mejor decir, hasta esa edad en que después de haber aprendido a leer y a discurrir se considerase oportuno iniciarle en esos conocimientos. Los padres suelen ser los primeros equivocados al creer en la inocencia o el candor de sus hijos; ya hemos aprendido a conocer de qué forma puede adquirirse el hábito de la masturbación, y cómo el niño se persuade, como por instinto, de que esas maniobras que le causan inefables deleites no deben confesarse ni a las personas de su familia, que son quienes en todo caso pudieran advertirle de los peligros de tales hábitos.

Así, pues, hemos de mostrarnos bastante pesimistas en este punto; el pedagogo se encontrará en la mayoría de los casos con que el niño que acude a su aula no es tan ignorante como supone los padres, y ello, no porque alguien le haya "abierto los ojos", sino porque los ojos del instinto sexual se abren en el instante del nacimiento y sólo se cierran en el de la muerte.

Puede haber casos, y los hay, sin duda alguna, en que el niño ignora en realidad todo cuanto concierne al sexo y que jamás se ha preocupado con la idea de cómo vienen los seres al mundo. Por el contrario, esa misma ignorancia puede revelarse en las ideas más absurdas acerca del nacimiento, pero sin que la criatura relacione con este hecho, ni remotamente siquiera, la más leve idea de voluptuosidad, o, si quiere decirse de otra manera, de "pecado". En este punto, no cabe duda que existen innumerables mitos mantenidos por los padres y educadores cuando el niño hace una pregunta en tal sentido: "Tu hermanito lo ha traído el médico de París", suele decirse en España. En Francia es una cigüeña quien trae a la criatura a la madre, que necesariamente tiene que ponerse enferma para recibir el obsequio.

Es posible que antes de que el impulso sexual se manifieste en sus aspectos autoeróticos o eróticos, surja en la imaginación del niño el más generalizado del origen de las criaturas. "La cuestión del origen—dice Ellis—es necesariamente un problema fundamental en la filosofía infantil, como igualmente lo es más razonado y con más adelanto en la filosofía adulta." Stanley Hall ha recogido algunas opiniones de niños acerca del origen de los bebés "Dios hace los niños en el cielo, aunque la Virgen y Santa Claus hacen algunos. Luego, todos los deja caer a la tierra, y las mujeres o los doctores los guardan; o, bien los deja caer en la acera de las calles; o los baja por una escalera de mano; o mamá, o el doctor, o la nodriza, suben por ellos algunas veces en globo; o son ellos los que bajan volando y pierden sus alas en cualquier parte, de la que no se acuerdan; o saltan y corren y juegan alrededor de Jesús, que los reparte (1). También hay algunos niños

(1) En la visita que realicé a un manicomio, oí decir a una mujer de cuarenta y dos años que padecía manía masturbatoria que los ángeles que rodeaban a una imagen de la Purísima Concepción eran los niños que después parían las mujeres. Esta demente decía recordar que en su niñez la

que son de opinión de que se les encuentra en un costal de harina, o en una barra de pan tan grande como sea preciso, o nacen dentro de una col, o Dios los deja en el agua o en una alcantarilla, y el doctor los coge y se los entrega a los padres enfermos que tienen ganas de tenerlos, o el lechero los trae por la mañana temprano, o los desentierran del suelo, a los compran en la tienda de bebés."

Todas estas peregrinas ideas acerca de la procreación no constituyen por sí solas un aspecto inquietante de la sexualidad infantil: lo malo es todo lo que se refiere a la erótica, lo que hay que evitar a tiempo, ya que en la mentalidad del niño no siempre se relacionan los fenómenos de la generación con los actos voluptuosos de la sexualidad.

Pero sea lo que fuere, es el caso que esta ignorancia no debe ser mantenida, porque es muy fácil disociar las causas de los efectos en la sexualidad: es posible lograr que el niño conozca perfectamente el mecanismo de la fecundación, de la gestación y del parto, sin que sea absolutamente necesario decirle en qué consiste el orgasmo y cuál es el proceso psíquico de la eyaculación. Por el contrario, siempre hay recursos para condenar lo que se refiere al aspecto erótico valiéndose de la habilidad y, generalmente, conociendo la psicología del niño, sobre todo en aquella parte que mejor pueda afectar a su amor propio, sentimiento fácilmente excitable en toda criatura.

Un campesino francés establecido en Argelia, con el que me une una antigua amistad, me refería en cierta ocasión cómo había iniciado la educación sexual de un hijo suyo de siete años. Sobre poco más o menos, le refirió algo parecido a la narración que se contiene en el papiro egipcio que hemos citado unas páginas atrás. Después de esta explicación preliminar, la curiosidad

---

aseguraron que los niños los tenían las mujeres que rezaban a la Virgen, la cual introducía en sus cuerpos un ángel muy pequeñito, que iba creciendo hasta nacer, lo que se efectuaba con gran pérdida de sangre, "como ella vió que había sucedido a su madre". Esta escena fué presenciada por la mujer aludida cuando tenía dieciséis años, y, a consecuencia de la impresión, se volvió loca. La madre murió del parto. Desde entonces la demente decía odiar a la Virgen, por cuya culpa había muerto su madre. Tal era la principal expresión de su locura, pues en los demás aspectos me pareció una mujer perfectamente razonable, a excepción de la manía masturbatoria, cuyas maniobras realizaba en cualquier momento y sin importarle nada la presencia de otras personas. **(M. de Lucenay.)**

del niño, estimulada por la franca y noble serenidad del padre, iniciaba la investigación de esos misterios contenidos en las frases paternas:

—¿Por qué me has dado una madre?

—Porque todos los niños, como los animales también, necesitan una madre que les dé de mamar y les cuide, porque el padre tiene que trabajar o buscar alimentos para vivir.

—¿Y cómo se tienen los hijos?

—Cuando se es hombre y tiene uno que afeitarse, es necesario casarse si se quieren tener hijos. Para ello se acuestan juntos el hombre y la mujer, como lo hacemos mamá y yo, y después de algún tiempo se forma en el vientre de la mujer un huevo como el de la gallina, que va creciendo hasta que el niño es mayor y se rompe la cáscara del huevo. El hombre se acuesta en la misma cama de su mujer o en otra inmediata, para que el huevo tenga el calor necesario para desarrollarse.

—¿Y por dónde sale el niño?

—Por el mismo sitio que la orina, pero sin que el niño se manche, porque sale muy pequeñito, mucho más que un pollo, aunque luego se estira y adquiere el mismo tamaño que tenía tu hermanita cuando nació.

—¿Tarda mucho en estirarse?

—Unos segundo nada más: es como si tú cogieras una esponja y la apretases tanto, que la encerrarías en una mano; luego, en cuanto se abre la mano, la esponja adquiere su tamaño. Pues lo mismo son los niños: luego van creciendo según van mamando, porque la leche es su comida. Los niños, para crecer, tienen que comer muy bien, pues si no comieran no podrían crecer y se morirían.

—¿Entonces una mujer no puede tener hijos sin casarse?

—No, porque el hombre tiene una semilla que se junta con el huevo de la mujer: es lo mismo que hace el gallo cuando se pone encima de las gallinas. La semilla sale del cuerpo del hombre por el mismo sitio que sale la orina, pero como esa semilla es tan pequeña, hay que acercarla mucho al huevo de la mujer, lo mismo que hace el gallo. Ahora bien, el gallo lo hace esto delante de todo el mundo, pero el hombre y la mujer no lo pueden hacer delante de nadie, porque el aliento o la presencia de cualquier persona, aunque sea un niño, haría que la mujer enfermase y se muriera, porque el aliento que no sea del marido la corta la respiración lo

mismo que cuando se aprieta uno el cuello. Esto sucede porque el huevo se hincha mucho dentro del vientre, al estar envenenado por otro aliento.

El colono, según me decía, procuraba ajustarse todo lo posible a la realidad con estos disparates, teniendo especial cuidado en dar a sus palabras un acento de gran naturalidad. Tales fábulas eran repetidas por la madre en las mismas palabras cuantas veces era necesario, hasta que poco a poco fué aclarando los conceptos hasta dar una explicación natural de los hechos a la curiosa criatura.

Claro es que no siempre es posible contentar a un niño con tan someras explicaciones como las referidas; pero en todo caso, la gran parte del éxito no depende más que de la serenidad y el aire de convicción con que se hacen estas explicaciones, procurando ponerse a tono con la inteligencia del niño.

Desde luego, para un padre, no es nada difícil iniciar a su hijo en los misterios de la procreación y en todo lo que concierne a la sexualidad. No obstante, hay que reconocer que el maestro debe desarrollar esta labor ante un grupo de alumnos, a los cuales no siempre es posible conceder el mismo grado de inocencia o de ignorancia. Por esta razón, los primeros pasos deben darse en el terreno de la anatomía y la fisiología, para llegar inmediatamente a la embriología humana con la mayor franqueza, describiendo qué es el óvulo y el espermatozoide y cómo se producen, y para omitir detalles que pudieran, a pesar de todo, considerarse enojosos, no hay mejor recurso que referirse a la vida de los animales, tomando el gallo y la gallina como ejemplo.

No cabe duda que el educador debe de ser, principalmente, un psicólogo. Antes de iniciar la instrucción sexual es preciso que, con el pretexto de otras enseñanzas, investigue en la mentalidad del niño, a fin de conocerle perfectamente y poder interpretar con precisión el menor de sus gestos. Hay niños excesivamente precoces, que necesitan de un régimen especial de exploración psicológica antes de ser sometidos a las prácticas educadoras, primero, porque en este caso es necesario destruir en sus conocimientos ideas equivocadas o perversas, y, en segundo lugar, porque no siempre es conveniente que niños en estas condiciones tengan relaciones con otros de su edad, por las influencias perniciosas que ejercerían sobre los más retrasados o menos "maliciosos" en estas cuestiones.

Según Gallichan, los puntos importantes que hay que observar en la primera enseñanza de los niños, son los siguientes:

"1.º Satisfacer la curiosidad con franqueza y naturalidad. 2.º Evitar toda sugestión de que la pregunta es insólita o sorprendente. 3.º Cultivar un interés saludable, como si el tema fuera tan permisible como la aritmética o la geografía. 4.º Repetir el hecho de que los seres vivos nacen de semillas como las plantas. 5.º Mezclar la verdad científica con la poesía y el encanto de la Naturaleza (esto puede conseguirse por medio de conversaciones durante paseos campestres y leyendo cuentos basados en la Historia Natural). 6.º Estimular los experimentos de la siembra de las plantas. 7.º Dejar que los niños tengan animales domésticos y que se tomen un interés inteligente por sus costumbres. 8.º Defender a los niños contra las personas mojigatas o de pensamientos lascivos, inculcándoles un conocimiento saludable de una manera natural. 9.º Prestar una atención rigurosa a la higiene y evitar la alimentación excesiva y los alimentos excitantes y la exagerada permanencia en camas demasiado calientes e insistir sobre la necesidad de la limpieza frecuente de todo el cuerpo, el ejercicio al aire libre, la gimnasia adecuada y el uso de ropas holgadas. Por razones de salud sexual, así como por el bienestar general del cuerpo y el espíritu, debe observarse una regularidad estricta en la evacuación del vientre y de la vejiga. El tener llena la vejiga al despertarse por la mañana suele ser causa de una excitación sexual automática en niños muy pequeños, así como también en los adultos. 10. Si bien no debe hacerse aborrecible el tema con una solemnidad indebida de la actitud mental, y del tono de la voz, deben hacerse serios esfuerzos para inspirar veneración hacia el cuerpo humano y sus funciones, sin sugerir la menor burla sobre el amor de los sexos."

En estos términos es en los que el educador debe empezar a actuar sobre la inteligencia del niño. En los primeros años de la vida, es decir, hacia los seis de edad, la imaginación de las criaturas se conforma con estas explicaciones y enseñanzas elementales que se refieren principalmente a las prácticas higiénicas. Es más tarde, a medida que la inteligencia y la comprensibilidad van desarrollándose, cuando el maestro necesita ser ayudado del padre o de la madre para lograr el éxito más completo en este sistema de educación simultánea. Aunque algunos autores no son partidarios de la enseñanza de la fisiología y la anatomía, creo

que no debe haber ningún inconveniente en que los niños conozcan los órganos sexuales y sus funciones, ya que la ilustración puede efectuarse valiéndose de buenos atlas anatómicos, al mismo tiempo que el maestro explica con absoluta naturalidad las particularidades de esos aparatos y sus funciones.

En cuanto a las relaciones de la fisiología con la psicosexualidad, estimo que ya es necesario esperar a la pubertad, cuando los órganos reproductores se desarrollan y empiezan a diferenciarse las emociones sexuales.

En la misma época debe iniciarse al adolescente en los conocimientos de la psicología y la psicopatología de la vida sexual, pero ya con todos los detalles, sin omitir el más mínimo, y por medio de los procedimientos científicos más depurados. Es el momento de extenderse en detenidas consideraciones sobre la eugenesia, la selección sexual, la evolución del pudor, la abstinencia, la moralidad sexual, la ciencia de la procreación, naturaleza y origen de las aberraciones sexuales, enfermedades venéreas, y, en fin, absolutamente todo cuanto se relaciona con la vida sexual normal y patológica.

Hacia los veinte años es cuando algunos autores recomiendan las experiencias prácticas en los casos de aquellos jóvenes de fuerte temperamento que no pueden soportar las disciplinas de la abstinencia. Los educadores franceses y alemanes, y posteriormente los rusos, han aconsejado este procedimiento por medio del matrimonio de prueba, e incluso de la prostitución. Claro que, por lo general, estos consejos se dan sólo a los tímidos, a los nerviosos, a aquellos en los que pudiera sospecharse la existencia de cualquier psicopatía. Por otra parte, creo que esas instrucciones no tienen razón de ser, ya que las experiencias suelen adquirirse sin necesidad de que medien prescripciones facultativas.

De todas formas, y a pesar de que por medio de la educación se pretenda inculcar al hombre los más sanos principios de la ética sexual, no cabe duda que la fuerza del instinto puede llegar a ser incontenible. En este caso, es posible que una forma cualquiera del autoerotismo sustituya a las relaciones normales, bien en virtud de la falta de ocasión o por carencia de medios económicos. En este caso es conveniente recurrir a las razones científicas que se oponen a la práctica del autoerotismo, pero con prudencia, es decir, por medio de los razonamientos más completos y prescindiendo de las viejas teorías de Tissot, hombre de muy buena

luntad, pero extraordinariamente alarmista en lo concerniente a los graves males atribuídos por él a la masturbación.

Mientras algunos autores, como Lallemand, Perier y otros, han considerado que la masturbación acarrea siempre resultados gravísimos y muchas veces mortales, otros opinan, más razonablemente, que estas exageraciones contribuyen a que los jóvenes se sientan estimulados a cometer toda clase de excesos. Al propio tiempo, se pretende demostrar que la masturbación no es tan peligrosa como se ha llegado a creer, ilustrando sus afirmaciones con ejemplos extraídos de la vida de los animales.

Esta táctica, a pesar de todo, debe considerarse inadecuada, aun en el supuesto de que, realmente, la masturbación pudiera ser beneficiosa para el organismo psicofísico del adolescente. Si como medida terapéutica puede ser aconsejable en determinadas circunstancias, no cabe duda que se corre el riesgo de contraer un hábito que necesariamente acaba por repercutir en perjuicio de la sexualidad normal. Está suficientemente demostrado que los que se habitúan a estas prácticas, llevándolas a efecto con cierto exceso, pueden precipitarse en la impotencia o en la debilidad sexual.

Hay numerosos textos científicos detallados y respetables que permiten al pedagogo adquirir una abundante ilustración sobre este punto concreto. A mi entender, el mejor procedimiento que debe seguirse con el niño o el adolescente del que se sospeche el vicio masturbatorio no consiste en exponerle esos graves males de que habla Tissot y sostienen algunos tratadistas tan insinceros como poco escrupulosos. Creo que lo más acertado es exponer los males auténticos que pueden derivarse de esa práctica, pero sin culpar directamente al masturbador, sino refiriéndose a casos reales o inventados y en relación con el mal producido en las energías intelectuales. El hecho de asegurar el educador que los síntomas de la masturbación salen a la cara, pero de asegurarlo con firmeza y sin titubeos, ha sido mucho más eficaz que toda esa propaganda terrorista que hicieron los antiguos autores. El niño o el joven que tienen la conciencia de que por ese medio cometen un acto reprobable procuran reprimir sus impulsos ante el temor de que el maestro pueda descubrir su secreto, cosa demasiado fácil en la generalidad de los casos.

Por eso, como resumen de este primer capítulo, insistiremos una vez más en afirmar que la base de todo buen pedagogo de la se-

xualidad debe de ser, principalmente, el dominio de la psicología infantil, la firmeza en la expresión y la claridad en los conceptos. Todo hombre que posea estas tres cualidades está en las mejores condiciones de ser un educador modelo, ya que el dominio de la parte técnica se consigue de la manera más sencilla.

EL HOGAR, LA ESCUELA Y LA CALLE

La madre del niño como iniciadora de los conocimientos elementales.—La previa preparación de la educadora.—Al niño hay que hablarle con sinceridad.—Consecuencias de la mentira.—El instinto del niño.—La pubertad de la niña.—La menstruación y su desconocimiento.—Graves resultados de esa ignorancia.—Higiene de la pubertad.—La calle, destructora del hogar y la escuela.—Ventajas de la calle.—Los educadores subalternos

Hasta muy poco antes de la edad púber, los niños y las niñas pueden ser instruídos por un mismo profesor en el conocimiento de la parte inicial de los misterios de la reproducción. No obstante, aunque los dos sexos muestran la misma curiosidad respecto al origen y las funciones del cuerpo, al aproximarse a la pubertad, son las niñas las que más intensamente se preocupan por todos estos fenómenos, lo que ocurre en virtud del hecho de que el desarrollo femenino es bastante más precoz, lo mismo en el aspecto psíquico que en el fisiológico. A los trece años hay niñas que están en condiciones de ser fecundadas; pero a la misma edad es excepcional que un joven pueda ser padre.

Estas diferencias corporales y anímicas las descubren los padres de los niños, sin explicarse, en muchos casos, las razones de esa precocidad. Y sin embargo, el hecho es absolutamente normal y biológico.

Después de haber hablado de la misión del educador profesional, hemos de decir que, desde todos los puntos de vista, nadie hay que esté en mejores condiciones que la madre para iniciar ese proceso educativo. Lo que ocurre es que casi siempre se lucha con el imperio de los viejos prejuicios, que por un prurito de extraña moral quieren que esta misión resulte inadecuada para una madre. Por otra parte, sería necesario tener la certeza de que la madre poseía los necesarios conocimientos teóricos para que su labor resultase

eficiente y fácil; en este caso, sería preciso empezar por la educación sexual de los padres, que, a pesar de toda su práctica, suelen ignorar los misterios de la procreación y todas las leyes científicas o biológicas que concurren en la generación de los seres.

A pesar de estas deficiencias, muchos autores consideran que el hogar debe ser la escuela más apropiada para que el niño adquiera los conocimientos más elementales sobre la materia. "Un niño de cuatro años—dice Ellis—puede hacer preguntas de esta cuestión espontánea e inocentemente. Y tan pronto como estas preguntas hayan sido formuladas con cierta insistencia, deben ser contestadas con la misma inocencia y la misma sencillez, sin falsear la verdad, ajustándose a la inteligencia del niño, a su capacidad y a su deseo de saber. Y si, como es natural, durante este período las preguntas y las respuestas se suceden, no se podrá de ningún modo aplazar la enseñanza sexual más allá de los seis años. Desde esta edad, aun el niño más estrechamente vigilado, es materia dispuesta para malearse con las comunicaciones externas.

Si la educación sexual debe comenzar en la más tierna niñez, ya se sabe quién debe ser el maestro. No hay ni debe haber duda que este privilegio corresponde de derecho a la madre. Cuando el niño está separado artificialmente de su ascendiente principal, a la madre compete el responder a las curiosas preguntas de su hijo. Es innecesario para ella tomar iniciativa alguna en esta materia. El inevitable despertar de la inteligencia del niño y la evolución de su insaciable curiosidad la ofrecen constantes e innumerables oportunidades para guiar amorosa y tiernamente los pensamientos y conocimientos del pequeño. Ni siquiera necesita poseer una ligera erudición técnica del asunto. Unicamente es de esencial importancia tener una gran fe y una gran confianza en la pureza y dignidad de sus relaciones físicas con él y hablarle con sinceridad y ternura. Una vez en posesión de estas cualidades, toda madre es apta para satisfacer cumplidamente las necesidades de su hijo.

Creo, como Havelock Ellis, que la madre debe tener ese privilegio. Pero lo que no puede admitirse es que una madre pueda ejercer ese delicado ministerio con cuanta sinceridad y eficiencia sean precisas, cuando ni siquiera posea, no esa elemental preparación técnica que dice, sino los conocimientos científicos más necesarios, si es que su actitud ha de salirse del área de la fábula o de la invención caprichosa. Una madre puede decirle a su hijo que se casó con su padre, que cohabitaron, que en el acto del coito se unieron

las células macho y hembra, dándole forma y vida a un embrión, etcétera. Todo esto puede decirse de muchas maneras, hasta poéticamente, como quiere Gallichan; pero no será posible llegar a ese límite mientras la madre no esté en posesión de esos conocimientos, que sólo se adquieren mediante normas adecuadas de pedagogía sexual. Así, pues, el problema no puede solucionarse basándose en la actuación de la madre, aunque, no obstante, los preliminares de la iniciación deben encomendarse a ella.

Es natural que los actos elementales de las relaciones del niño con su madre sean explicados por ésta tan pronto como la criatura comience a hacer las primeras preguntas, lo que ocurre mucho antes de que sea consciente el impulso sexual. Pero debe partirse siempre de una base normal, es decir, que no es posible admitir la fábula o la deformación caprichosa de los hechos. Las cosas que interesan a los niños no deben serles disfrazadas hasta desfigurar completamente su significación, porque estas explicaciones suelen ser asimiladas perfectamente. El hecho de decirle al niño una inexactitud puede dar lugar a que al cabo de cierto tiempo se haya formado en su criterio una convicción firme a base de la patraña; pero más tarde, cuando el mito sea reemplazado por la verdad, el niño comprenderá que su propia madre le engañó en una cuestión que para él es perfectamente natural, y si pide explicaciones acerca del equívoco en que se le ha tenido, será para demostrar que en lo sucesivo no podrá tener ninguna confianza en el ser en que él depositó su fe más sincera.

Cuando en la mentalidad del niño se destruye esa confianza, es muy difícil construirla de nuevo sin reservas; siempre le quedará la duda de si será engañado nuevamente, y para convencerse es probable que procure inquirir en otras fuentes de información, lo que es fácil que consiga valiéndose de personas que seguramente no podrán tener por la criatura el interés que lógicamente debe de tener su madre.

Todos los tratadistas coinciden en reconocer que el papel de la madre es siempre importantísimo, ya que a ella es a quien, por razón natural, acude el niño para saciar sus primeras curiosidades acerca de los hechos de toda naturaleza que no acierta a explicarse. Northcote dice que el deber de los padres—de la madre sobre todo—es primordial en este punto, y que el de la familia, el médico y el maestro, son posteriores. Así hemos de admitirlo cuando se considera que esta clase de instrucción debe de empezar en la

edad más temprana, es decir, cuando el niño hace las primeras preguntas. Cuando la criatura llega a cumplir, por lo general, los diez años, sin que hasta entonces se hayan satisfecho sus naturales anhelos de saber, es fácil que las explicaciones no puedan ser tan sencillas y naturales.

Si entonces la madre opone reparos muy naturales, nos encontraremos con el hecho lamentable de que no se atreve a responder a unas preguntas que ella considera demasiado audaces, permaneciendo en silencio o tratando de desviar la conversación por derroteros de más fácil salida. Entonces es cuando crecen y se desarrollan las influencias perversas y nocivas a favor de ese denso ambiente de misterio, pues el niño no se explica que su madre pueda ser tan ignorante como a él le dice ser en una cuestión por la que, naturalmente, ella ya ha pasado al darle el ser.

El Dr. Beddoes escribe en una de sus obras de sexología lo siguiente: "En vano procuramos no ver ni enterarnos de la ávida curiosidad con que los niños, de cualquier sexo, tienen para todo lo que se refiere al contrario. Ninguna clase de reserva en los cabezas de familia, ningún plan, por meditado que sea, ningún cuidado en poner en sus manos libros cuyas descripciones les distraigan y embarguen su atención, puede ahogar o entibiar en los niños esa curiosidad. Ningún capítulo de la historia del pensamiento humano puede mostrar tantas hábiles estratagemas, puestas en juego por los muchachos, en momentos y ocasiones diversas, para adueñarse, o, por lo menos, presenciar el secreto. Y cada descubrimiento, debido a sus propios esfuerzos, es a modo de aceite derramado en una imaginación que arde y flamea."

La causa de la curiosidad que despiertan todas las cuestiones sexuales no está más que en el secreto, en el imperdonable misterio de que a toda costa quieren rodearse. Es mucho más peligroso para la salud moral de un niño tratar de ocultarle en absoluto el conocimiento de las materias sexuales o de hablarle de ellas con reticencias que permitirle el espectáculo de un prostíbulo en todos sus aspectos. La señora Ennis Richmond publicó un libro de consejos y advertencias a las madres acerca de la educación de sus hijos, en el que con toda claridad exponía los múltiples peligros que se derivan del sistema de ocultar a los niños el conocimiento de esas materias imprescindibles a la adecuada instrucción de los pequeños. "Insisto e insistiré cuantas veces sea preciso—dice—que el "secreto" que rodea determinadas partes del cuerpo y sus fun-

ciones constituye un peligro para la imaginación infantil. Los niños pequeños, desde los pocos años, piensan en aquellas partes misteriosas de su cuerpo, no tanto por lo que tienen de misteriosas como por lo que tienen de desconocidas. No han encontrado aún a esa temprana edad un nombre para conocerlas. Si se tiene necesidad de hablar de ellas al niño, se hace misteriosamente, aludiendo por lo bajo y rápidamente "a aquella parte de la que no hay que hablar", o algo semejante. Lo primero e importante es que el niño tenga un nombre exacto y verdadero que dar a esas partes del cuerpo y sus funciones, y se habitúe a usar y oír estos nombres con la misma indiferencia con que oiría hablar o hablaría de la cabeza o de los pies. Los convencionalismos sociales han hecho que, por varias razones, sea imposible hablar de estas cuestiones en público. Pero se puede tratar de ellas en cualquier momento, en los colegios, aunque debe advertirse al niño que tales preguntas no puede hacerlas en público por tales o cuales razones."

Este pequeño problema puede ser resuelto con facilidad por los padres del niño mucho tiempo antes de que éste llegue a la edad escolar. La anatomía ofrece la solución más adecuada, y, por otra parte, cuando el niño pudiera asimilar cualquier denominación grosera o vulgar, poco trabajo cuesta hacer ver a la criatura que el empleo de esos términos populares sólo se hace por gentes de mala educación, y por lo tanto, insociables, cuya compañía o amistad resulta inconveniente. Respecto de España, país que bate el "record" de la blasfemia, y donde el léxico sexual vulgar es tan variado y brutal, este problema asume caracteres mucho más graves que en cualquier otro país.

"Aparte del interés que para el niño pueda tener la cuestión de su origen—dice Ellis—, siente lo que pudiera llamarse curiosidad del sexo, que él considera utilizable sólo para la expulsión del excremento, y esta curiosidad no sólo se refiere a él, sino que se extiende a sus hermanos, amigos y hasta sus mismos padres. Llegado tal punto, la madre debe satisfacer esta natural curiosidad, dando a cada cosa un nombre concreto, nombre que puede ser el usual y corriente, o el que su buen gusto y sano criterio le sugiera, evitando de este modo a su hijo que las ideas gazmoñas y pudibundas, por una parte, o las palabras obscenas y licenciosas, por la otra, pudieran despertar en él perjudiciales escrúpulos al llegar a mayor edad. De este modo, sin ejercer una presión o in-

fluencia poderosa, la madre inculcará en su hijo un cierto respeto a sus órganos sexuales y evitará el deseo natural de éstos a manosearlos de continuo e indebidamente. Al hablarle del origen de la vida y de las funciones naturales de su cuerpo, habrá empezado en él una educación que comprenderá la ilustración y la higiene sexual. La madre que consiga establecer entre ella y su hijo esta relación de confianza e intimidad con habilidad y sumo tacto, puede llegar a conservarla en los años de la pubertad, y aun en los difíciles y peligrosos años de la adolescencia, aun cuando sus funciones educativas, en lo que a la iniciación elemental se refiere, queden terminadas al llegar su hijo a la edad de la pubertad, supliendo entonces el colegio a la madre en la enseñanza de conocimientos más técnicos, y siempre impersonales, de los hechos esenciales del sexo."

En el año de 1774, el educador Basedow propuso que fuese en los colegios donde se diera a los niños una explicación cuidada y especialísima de los hechos relacionados con la vida sexual, considerando que la edad adecuada era la de diez años. Estas enseñanzas, según él, habían de ser teóricas y prácticas, enseñándoles estampas representativas de un parto, láminas acerca del acoplamiento de anomalías de los órganos sexuales, etc., al paso que se explicaba por los profesores con todo detenimiento y la mayor gravedad la función de cada órgano. Proponía, a la vez, que los niños fueran llevados a los hospitales donde, ante el espectáculo de los enfermos venéreos, el niño adquiriría la conciencia del peligro de las relaciones sexuales irregulares, así como a los manicomios, e incluso a los anfiteatros de disección de las universidades.

Si algunas de las ideas de Basedow fueron aprovechadas y puestas en práctica, otras hubieron de rechazarse por impracticables, como las que se refieren a la visión de los enfermos venéreos, los dementes y los cadáveres de las salas de anatomía. Hay que tener siempre muy presente que la impresionabilidad del niño es enorme en este aspecto. Asociar a su instrucción en materia sexual una de esos espectáculos preconizados por Basedow equivaldría a anular en la criatura toda tendencia natural: el temor de la enfermedad, de la locura o de la muerte obligarían a reprimir en absoluto todas las energías de su instinto, apoderándose de él una obsesión terrible, que daría lugar a muy peligrosas reacciones de la conciencia en el caso de que esas energías sexuales llegasen a dominarle alguna vez.

Conozco el caso de un hombre que sorprendió a su hijo realizando maniobras masturbatorias. Para curarle de su hábito no se le ocurrió otra cosa que mostrarle a un pobre degenerado del que se burlaban todos los chiquillos del lugar. Le hizo ver también unas piezas anatómicas de un museo de feria en las que los órganos sexuales aparecían destruídos por diversas enfermedades, y en este plan siguió el tratamiento que, a su juicio, consideraba más acertado.

Estas terroríficas semillas prendieron en la imaginación del niño de tal forma, que, en efecto, suprimió el hábito masturbatorio, adquiriendo tal horror hacia las cosas sexuales, que en muchas ocasiones experimentó alucinaciones y sueños de naturaleza histérica que hicieron necesaria la intervención de los médicos. Por muchos esfuerzos que realizó un famoso especialista, la criatura, que entonces tenía quince años, cayó en un estado de decaimiento tal, que perdió el apetito, apoderándose de él una espermatorrea muy rebelde, amén de otros trastornos fisiológicos y psíquicos. Por fin, fué atacado de demencia masturbatoria, y recluído en un sanatorio, no tardó en recobrar su salud física, pero jamás su equilibrio mental.

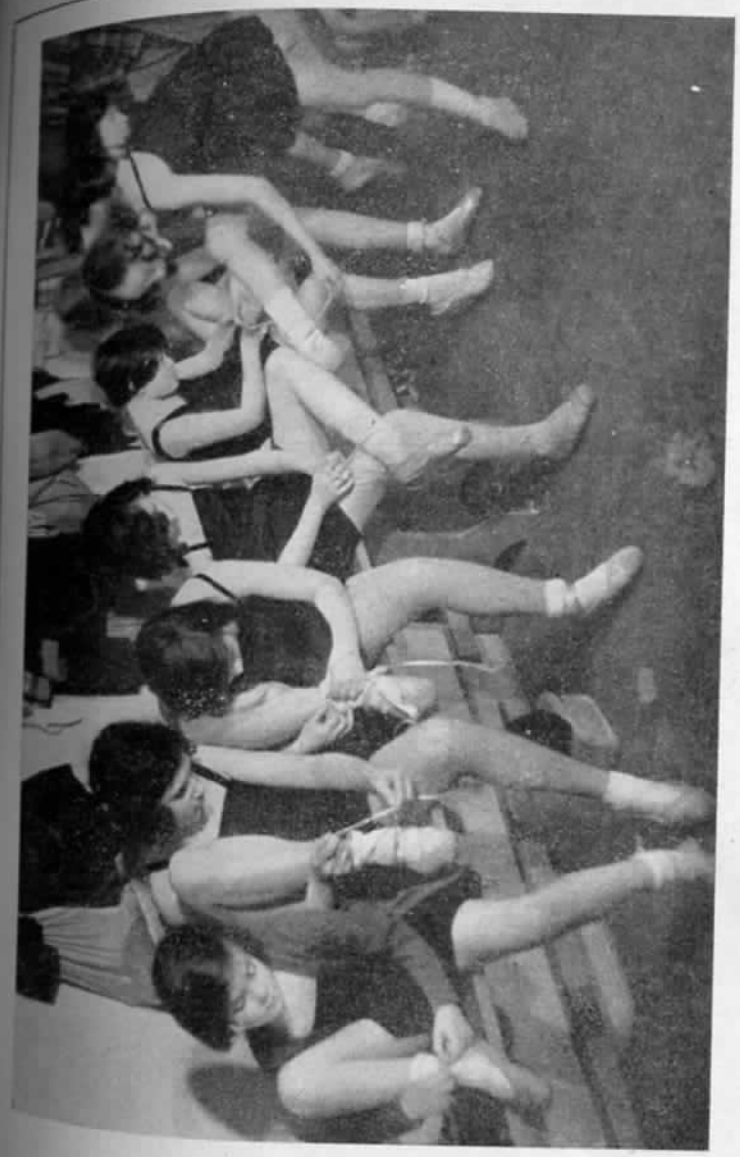
La misión de los padres no debe ir más allá de la instrucción más elemental acerca de las particularidades y funciones de los órganos sexuales; pero el colegio debe ser el factor principal, según propuso la educadora María Lischnewska, quien habiendo ejercido el magisterio durante cerca de medio siglo, adquirió un profundo conocimiento de la infancia difícilmente superado por otros educadores. Asegura esta autora que la mayoría de los niños aprenden todo lo referente a las materias sexuales de una manera soez y grosera, "por el descuido con que se trata este delicado asunto en la mayoría de los casos de hoy en día, y por la profunda ineptitud moral de los padres, que no tienen la suficiente capacidad intelectual ni la necesaria sensibilidad para dar a sus hijos siquiera esa una elemental explicación de tan importante materia".

Es natural, en este caso, que el colegio asuma la responsabilidad de esta explicación, que debe darse al niño tan pronto como el maestro, que debe ser un psicólogo como condición imprescindible, comprenda que la criatura posee la suficiente capacidad para asimilar estas enseñanzas. Sin embargo, aún hemos de mostrarnos bastante pesimistas, particularmente en lo que a nuestro país afecta, con referencia a la instrucción de estos sistemas educativos.

Como dice un autor, "formando parte de una comunidad grosera y soez, nos movemos en un círculo vicioso; educados siempre en la idea de que dichas materias son asquerosas, los niños se hacen hombres, a su vez, protestan con violencia de que sus hijos reciban una instrucción que consideran perniciosa y dañina, a la par que innecesaria". En efecto, muchos maestros y maestras que han intentado introducir esta clase de pedagogía en sus aulas, incluso la más elemental, como la que se refiere a la higiene de los órganos sexuales, han tenido que desistir de su heroico empeño ante las quejas de los padres y las advertencias de los campeones de la moralidad oficial, que estiman nada menos que inmorales tan utilísimas enseñanzas.

Un insigne pedagogo español, J. Bugallo Sánchez, escribió un librito sencillísimo y documentado, titulado "La higiene sexual en las escuelas", que fué premiado en un concurso organizado por la Sociedad Española de Higene, si bien el premio, de mil pesetas, no logró cobrarlo. Este detalle ya es bastante para "estimular" a los autores de estas obras. Pues, a pesar de todo y de la distinción moral de que la obrita fué objeto, no tenemos noticias de que figure en la biblioteca de ninguna escuela, porque hubo algunos imbéciles y cretinos que la consideraron inmoral bajo el pretexto de que "no es en la escuela donde deben ser abiertos los ojos a los niños acerca de tan delicadas materias". En efecto, como no sea en algunos colegios no oficiales, no es posible encontrar el menor rastro de la comprensión y la inteligencia de los modernos educadores, y no por un criterio particular del maestro, sino en virtud de las restricciones impuestas por los padres de los alumnos y los moralistas de profesión.

Pero si este problema resulta en nuestro ambiente de difícil solución en lo que al niño afecta, en lo que a la niña se refiere es aún mucho más complicado. Los innumerables prejuicios y tabús que pesan sobre la sexualidad de la mujer no permiten, en la generalidad de los casos, que una niña pueda poseer el más ligero conocimiento, la más leve noción del papel que está llamada a representar en la vida como verdadero crisol de la raza. Hay muy pocas madres que sean capaces de advertir a sus hijas de lo más esencial en su vida, como es lo que se refiere a la menstruación. Aunque ésta sea una función naturalísima de la que ninguna mujer pueda evadirse, ni en atención a la higiene siquiera, hay madres capaces de advertir a su hija en la edad oportuna, no ya lo que



LAS ESCUELAS DE WURZBERG.
En este centro docente donde reciben educación cerca de dos mil niñas, se presta singular preferencia a la enseñanza de las cuestiones sexuales y a la cultura física.

LAMINA I



COEDUCACION.
Estos niños italianos de un colegio de reciente creación, practican el desnudismo como una de las variedades más importantes de la coeducación.

LAMINA II

fenómeno representa, puesto que, por lo general, se ignora, sino que ni siquera la dice que no debe asustarse cuando experimente el primer síntoma cruento de su madurez sexual.

No cabe duda que la niña, al llegar a la pubertad, tiene menos conciencia que el niño de su naturaleza sexual. Ahora bien, los peligros que encierra esta ignorancia son mucho más graves que los que en iguales circunstancias puede experimentar el niño, y sus consecuencias, en muchos casos, asumen el carácter de irreparables. Las gentes o las madres que temen "mancillar la pureza" de la criatura cometen con su silencio un error imperdonable. En primer lugar, se suele atribuir a las niñas una inocencia que no poseen, porque la han perdido muchísimo antes de lo que las madres creen. Las criaturas que se encuentran en estas condiciones, que son muchas, no experimentan el menor asombro al anunciarse en ellas la pubertad; conocen el hecho por referencia mucho antes de que suceda, pero no porque la madre u otra mujer de su familia les advierta lo que ha de ocurrir, sino por haberlo aprendido en conversaciones, casi siempre licenciosas, con otras amigas de su misma edad que se informaron por el mismo procedimiento.

No obstante, otra gran parte ignoran en absoluto el fenómeno de la menstruación, habiéndose comprobado que muchas angustias y no pocas neurosis son el resultado de la tremenda emoción sufrida al ver sus ropas manchadas de sangre sin poder explicarse las causas del accidente que en su pobre mentalidad alcanza proporciones aterradoras. Claro es que al poco tiempo, seguramente antes de que la segunda menstruación ocurra, acaban por conocer el hecho; pero es el caso que entonces ya es tarde para reparar el mal causado: el traumatismo psíquico ha producido daños cuyas lesiones se curan muy difícilmente, o no se curan jamás. La emoción y el susto producidos por esta hemorragia insospechada que brota precisamente de las partes "vergonzosas", "innobles" o "bajas", puesto que de todas maneras se denomina a los órganos más nobles de todo el cuerpo humano, es tan grave como la conciencia del mayor pecado en el criterio de un fanático religioso. Menstruar es también un pecado: un delito grave contra la moralidad, que en esas edades apenas si tiene más bases que lo que se refiere al sexo. Muchas niñas creen que esas gotas de sangre son el producto de una herida ocasionada por los toques "impuros" del autoerotismo, o, por otra parte, como el resultado de sus

pensamientos sexuales. Una mujer me ha referido que la primera vez que menstruó sufrió un susto tremendo y que su preocupación duró muchos días, no encontrando en todo ese tiempo el menor consuelo para su angustia.

Tenía madre y dos hermanas mayores que ella, pero ninguna confesó sus inquietudes, por temor a una reprimenda. Había oído decir a sus amigas que el primer contacto con un hombre producía siempre una intensa hemorragia, y que la sangre de los genitales se interpretaba siempre como la prueba de la deshonra. En esta disposición de ánimo confesar que sangraba por sus órganos sexuales equivalía a decir que había tenido relaciones con un hombre: su mentalidad no podía reconocer otras causas más legítimas y menos denigrantes. Por esto silenció cuanto pudo su padecimiento moral, que se prolongó durante cerca de un año, hasta que un día fué sorprendida por su madre arrojando al retrete unos paños ensangrentados.

La madre la miró sorprendida, pero ella creyó ver en su gesto el más duro reproche. Se arrojó de rodillas a sus pies suplicando perdón y asegurando que no había hecho nada malo con ningún hombre. Esta sencilla y natural confesión alarmó a la madre, que, en efecto, sospechó que la criatura había sido seducida. Por fin se deshizo el tremendo error, y la niña supo, aunque muy tarde ya, la verdad sobre aquel fenómeno del que nadie le había hablado con propiedad.

Un médico dice que, después de una detenida investigación, comprobó que de 644 mujeres de diecisiete a veinte años, 214 ignoraban por completo todo lo referente a la menstruación, lo que fué causa de enfermedades y trastornos en muchas de ellas. Unas padecieron ataques de nervios e histerismo, otras se creyeron heridas en los órganos sexuales internos, otras se lavaron con agua fría y muchas trataron de contener la hemorragia por varios procedimientos, y casi todas sufrieron desarreglos en su estado general.

Engelmann escribe que "gran número de mujeres han sido gravemente perjudicadas en su salud por un susto, una emoción nerviosa o un enfriamiento recibido en la edad de la pubertad". Por mi parte, he recibido numerosas cartas de muchachas pidiéndome detalles acerca de la menstruación; unas las he contestado personalmente y otras las entregué a un médico amigo, que gustosamente evacuó estas consultas. El hecho de que estas consultantes sepan escribir, quiere decir que, forzosamente, alguien tiene

que haberlas enseñado. Y no se me ocurre otra cosa sino pensar que, antes de recibir esa enseñanza, debieron ser instruídas en estas cuestiones, seguramente de muchísima mayor importancia para su vida que la importantísima instrucción acerca del carácter de la letra, la sintaxis y la ortografía.

Una joven de quince años me escribió diciéndome que si habría algún producto para suprimir los flujos catameniales; otra, que la aconsejase alguna operación con el mismo fin; una tercera decía que si era peligroso que se la hubiese retirado el período, cosa que no se explicaba, "puesto—escribe—que mantengo relaciones sexuales con un muchacho de mi edad". Esta última consulta, como se comprenderá, obedecía al hecho innegable de un embarazo.

El resto de las consultas se referían a las particularidades del menstruo, tales como duración del flujo, cantidad, higiene, etc., dudas que deben ser aclaradas por la madre, por la maestra o por cualquiera otra mujer de buena fe. La prueba de que tales preguntas eran el producto de una grave preocupación está en el hecho de tener que recurrir a un hombre, sea sexólogo o médico, cuando el conocimiento de esas particularidades hemos de considerarlo mucho más propio del hogar o de la escuela.

La moralidad imperante, huelga decirlo de puro sabido, es la causa de este bárbaro silencio. Una prostituta me aseguró que cuando tuvo por primera vez la menstruación preguntó a su maestra acerca de este suceso. La educadora se negó a satisfacer la curiosidad de la muchacha, amenazándola con un castigo ejemplar si volvía a pensar en esas cosas.

No la satisfizo la respuesta ni la actitud de aquella severa profesora, y cuando inquirió la opinión de una hermana mayor, se encontró con que tampoco había sido más afortunada. Por fin, consultó el caso con un joven poco mayor que ella, el cual le dió ciertas explicaciones que, al cabo del tiempo, comprobó que habían sido completamente equivocadas, a pesar de que el muchacho pudo convencerla y calmar su inquietud en aquella ocasión. Tal confidencia dió lugar a que se estableciese entre ambos una intimidad que acabó en la máxima a que podían llegar; la curiosa empezó entonces, a los dieciséis años, su profesión de prostituta, achacando la responsabilidad de su desgracia a la maestra y a su familia.

Precisamente es en los colegios de niñas donde mejor pueden observarse los males causados por ese afán de ocultar a las edu-

candas todo cuanto concierne a las cuestiones del sexo. "En Inglaterra—dice Ellis—, aun en los colegios más modernos, en los que se da gran importancia a todos los juegos y ejercicios físicos, me han asegurado que la mayoría de las niñas ignoran en absoluto todo lo referente a las cuestiones sexuales, que no comprenden su significado, pero que, no obstante, sienten hacia ellas una insaciable curiosidad, y hablan de ellas entre sí constantemente. Los convencionalismos sociales las impulsan al disimulo y al engaño, y hay niñas que, siendo exteriormente modelos de seriedad y decoro, tienen un espíritu interior verdaderamnte asqueroso. La mojigatería en que están educadas las obliga sin remedio a considerar sus pasiones desde un punto de vista malsano y deshonesto. Todos sus inocentes pensamientos y natural curiosidad sobre estos puntos son severamente reprimidos, dándose por este motivo el caso de que niñas, a quienes una explicación sencilla y natural hubiera dado absoluta tranquilidad de espíritu, se vean forzadas a recurrir a lecturas clandestinas de obras pornográficas para satisfacer su deseo de conocer los misterios de la vida, que tan cuidadosamente se la ocultan."

Lo mismo desde el punto de vista moral que del fisiológico, la higiene de la pubertad femenina es de un interés capital para la vida futura de la mujer. Las menstruaciones defectuosas son muy frecuentes en las jóvenes, incluso en aquellas de buena salud, real o aparente. El silencio impuesto por la moral acerca de estas cuestiones obliga a la niña o a la joven a silenciar, a su vez, los trastornos que observa en todo su organismo, y que más tarde son la puerta de entrada de numerosas enfermedades.

Decía Hellmann que "toda mujer, y aun toda niña, creen primero que sus partes sexuales son casi sagradas, ocultas para todos, menos para el marido, y, en casos especiales, para el médico"; y más tarde, que "esas partes son tan sólo evacuatorios que toda mujer debe avergonzarse de poseer. La mayor parte de las mujeres aceptan sin comentarios ni razonamiento alguno tales incongruencias, y sin protesta alguna se adaptan y admiten tales teorías". Estas consecuencias del antiguo predominio de los ideales ascéticos impiden incluso la investigación del clínico acerca de la causa de algunas enfermedades. Así, una joven de veinte años que se quejaba de fuertes dolores punzantes en el bajovientre solicitó de la directora del internado donde se educaba que le visitase un médico. El facultativo, en efecto, después de realizar

determinadas preguntas, estableció el diagnóstico aproximado de una afección de los ovarios, y por lo tanto, intentó efectuar el debido reconocimiento de los órganos sexuales. Al saber la joven que no tenía otro remedio que ofrecer desnudas esas partes, se negó a ser curada, no habiendo medio de convencerla de que el mal podía agravarse si no se trataba a tiempo. Prefirió continuar padeciendo antes que consentir aquella exploración ginecológica, actitud que fué aprobada por muchas de sus amigas y por algunas de las profesoras del colegio.

Boris Sides refiere un caso que comprueba las fatales consecuencias que puede tener esta costumbre de inculcar en las niñas la doctrina de la impureza femenina. Según cuenta el autor, ocurrió a una jovencita de temperamento nervioso y extremadamente sensible, que se educaba en un convento: "Durante su permanencia en el colegio—dice—una monja muy dada a la mortificación la acostumbró a creer que toda mujer era un vaso de vicio y de impureza. Al sobrevenir la época de su desarrollo sexual y observar que la menstruación era un hecho común a todas las niñas de cierta edad, esta teoría de la impureza femenina se fijó aún más en su mente impresionable. Un poco más tarde, su salida del colegio y las ocupaciones de su vida—trabajaba en un escritorio—borraron algo las huellas de aquellas pecaminosas ideas, hasta la fecha de su casamiento, época en que volvieron a posesionarse de su imaginación en tales términos, que hoy en día aborrece a la mujer. Para esta pobre víctima de una doctrina falsa, la palabra mujer sólo significa impureza, corrupción, basura y vicio; no permite que se le acerquen las mujeres, y jamás, por valioso que sea, toca un objeto encontrado en la calle, por temor a que le haya tenido alguna mujer entre las manos."

En algunos colegios regidos por educadoras de temperamento moderno y libres de toda esa sarta de viejos y terribles prejuicios, la niña aprende a conocer los misterios de su sexo, empezando por lo que concierne a las más elementales reglas higiénicas. En primer lugar, la gimnasia ocupa la mayor parte de la instrucción, especialmente hacia los diez o menos años. Estas prácticas se prolongan durante dos años, al cabo de cuyo tiempo las niñas reciben una enseñanza especial acerca de la higiene de los órganos genitales. Una de las escuelas más importantes de esta naturaleza es la de Wurzbërg, en Austria, en donde reciben instrucción más de dos mil niñas. (Lámina I.)

Próximamente a los doce o trece años, cuando se considera próxima la pubertad, las niñas son instruídas por medio de gráficos y lecturas adecuadas acerca de los signos principales, tales como el desarrollo de los pechos, aparición del vello púbico y, sobre todo, del fenómeno de la menstruación.

Seguramente la revelación de esta función no se hace con arreglo a las normas fisiológicas naturales; pero, después de todo, comoquiera que lo importante estriba en exponer lo que la menstruación representa en evitación de los múltiples trastornos psicofísicos que pueden acontecer, aunque las educadoras no se ajusten por completo a la realidad, la finalidad que se persigue es lograda en toda su amplitud.

Se suele poner como ejemplo, supongamos, el proceso de la formación de los frutos, empezando por el desarrollo de la flor. Las explicaciones son claras y precisas, y después de que la niña ha comprendido los diferentes fenómenos, la enseñanza se concreta a la mujer. El desarrollo de los pechos se les dice que es una fase normal del crecimiento, y que estas glándulas, como es sabido, sirven para la alimentación de los hijos, por lo que siguen creciendo hasta llegar a su completo desarrollo, que se alcanza al nacer el primer hijo. Al mismo tiempo que crecen los senos, la cavidad pélvica se ensancha y las caderas se hacen más amplias. Entonces, comoquiera que los órganos internos se desarrollan en idéntica proporción, "cada veintiocho días crecen un poquito, y como esos órganos están formados por tejidos vascularizados, de ahí que la dilatación produzca pequeños desgarros, de los que resulta una cantidad de sangre, más o menos abundante, que sale por el aparato urinario, como todas las secreciones líquidas del cuerpo".

No cabe duda que las razones de la menstruación son bastante convencionales; pero hay que tener en cuenta que a esas edades las niñas no necesitan más correctas explicaciones para darse cuenta perfecta de las particularidades más esenciales del fenómeno y evitar que su producción sorprenda a la niña en forma perniciosa, según se ha demostrado que ha sucedido en numerosos casos de lamentables resultados.

Una niña me preguntó en cierta ocasión por qué las niñas menstruaban y los niños no. No me costó ningún trabajo convencerla de que la razón estaba en que la sangre menstrual retenida producía un aumento en la energía, energía que se refleja a la vez

todo el organismo. Esta es la razón, la decía, de por qué los hombres son más fuertes que las mujeres. Los hombres no menstrúan, porque entonces serían tan débiles como las mujeres, y las mujeres que no experimentan esa pérdida sanguínea mensual llegan a parecerse a los hombres, lo que resulta antiestético y completamente ajeno a la belleza y la elegancia del sexo femenino.

Naturalmente, si se hubiese tratado de una jovencita de más edad, no hubiera tenido el menor inconveniente en explicarle el fenómeno con toda franqueza; pero, por otra parte, creo que lo mejor es salir del paso de la manera más fácil, sobre todo cuando la curiosidad de la criatura queda suficientemente satisfecha con estas someras explicaciones.

De esta o parecida forma no le puede resultar difícil a ninguna educadora instruir suficientemente a una niña sin necesidad de relacionar para nada las funciones de la psicosexualidad con las netamente fisiológicas del organismo. Este fenómeno debe considerarse tan natural como la evacuación de otra de las necesidades del organismo, con la diferencia de que su frecuencia es menor y además periódica.

En algunas escuelas de orientación moderna se expone el fenómeno con toda claridad cuando las educandas están en disposición de comprender perfectamente las explicaciones. Una maestra muy inteligente, que estudió varios años de medicina, creyó oportuno explicar la menstruación diciendo que equivalía a la evacuación de sangre sobrante acumulada en el organismo. Expuso, con mayor o menor propiedad, los males que se derivaban de la retención de la sangre, y al efecto, logró que su discípulas controlasen debidamente la periodicidad de esta función, que debía tener lugar, normalmente, de mes a mes, a más tardar.

Al propio tiempo aconsejaba las medidas higiénicas más perfectas acerca del régimen de trabajo, alimentación, ejercicio, etc., permitiendo a sus discípulas que durante esos días no hiciesen más que lo que su voluntad les aconsejase, es decir, que si no querían estudiar, no estudiasen, y si querían faltar a las clases, que se lo advirtieran para no ponerlas la mala nota de ausencia. Esta profesora recomendaba a los padres de las niñas que las hiciesen guardar cama los dos primeros días de la menstruación.

Esta doctrina del descanso menstrual ha sido sostenida por muchas señoras médicos y profesoras, que a la vez establecieron re-

glas higiénicas para evitar o atenuar los trastornos característicos del estado menstrual.

En otro aspecto, la niña se presta mejor que el niño a adquirir las enseñanzas de los fenómenos y misterios del sexo, pues si bien su interés no es menos grande, la especial organización psicofísica de la mujer le permite atender a estas explicaciones con más serenidad que al varón.

La higiene de los órganos sexuales, que se reduce, antes de la pubertad, a simples lavados con agua tibia, evita en la mayoría de los casos los peligros del prurito vulvar, que da origen a las maniobras masturbatorias. No obstante, la conciencia de la niña es en este aspecto bastante más elástica que la del niño, sin duda porque los males del autoerotismo no alcanzan en aquélla las proporciones que pueden tener en el niño.

Ya hemos hablado en otra parte de las ceremonias y costumbres relacionadas con la educación pubertal de los jóvenes en los pueblos salvajes, usos que entre las gentes civilizadas son de una inmoralidad aterradora, aunque se tenga noticias de ellos a través de una película cinematográfica (1).

Entre nosotros no es posible adoptar esos ritos, porque a ello se oponen la hipocresía y la estupidez, base esencial de la ignorancia y, a pesar de todo, prueba palpable de la incultura. Mientras en el hogar y en la escuela se hace todo lo posible por restringir la libertad del niño en lo que concierne al derecho legítimo y naturalísimo que le asiste de conocer lo más importante y útil de las cuestiones sexuales, los moralistas, los padres y los educadores no advierten que la verdadera escuela, la universidad de todos los vicios, de todas las perversiones y de todas las inmoralidades está en la calle, en los espectáculos, en las excitaciones de todas clases en que es pródiga la civilización contemporánea.

Sólo con el fin de contrarrestar los perniciosos efectos de la

(1) No hace mucho tiempo, las autoridades prohibieron la exhibición de una película relacionada con la vida de los indígenas de Azimba (Africa Central), porque entre las escenas de este interesantísimo "film" documental figuraban las ceremonias de iniciación pubertal de los jóvenes, que, por otra parte, consistían simplemente en ciertas danzas, nada obscenas, practicadas por las muchachas en torno de una imagen fálica representada por una sencilla columna de madera. El solo anuncio de que se trataba de este aspecto de la sexualidad fué bastante para provocar la indignación de los supuestos moralistas. (M. de Lucenay.)

calle, estaría más que justificada la educación del niño cerca de sus padres y de sus maestros.

Pero, a pesar de todo, cuando ese espíritu de mojigatería se opone al desarrollo de las ideas morales naturales, es decir, al predominio de la verdad científica por encima de las conveniencias de la moral convencional, la calle, que produce viciosos y prostitutas precoces, es el medio donde, triste es reconocerlo, pueden adquirirse las enseñanzas más completas acerca del problema.

Claro es que no podemos prestar nuestra conformidad a estos sistemas "pedagógicos", que de hecho están aceptados por la mayoría de los pueblos cultos, ya que no es posible modificarlos si oponer a ellos otras medidas más inteligentes y de mayor eficacia. La única solución aconsejada a los padres por su instinto y su experiencia estriba en la restricción de la libertad de sus hijos. Como si con estas medidas se pudieran reprimir los impulsos naturales y las tendencias instintivas de las criaturas, no hacia el "mal", según se dice como un tópico, sino en el sentido de explicarse los misterios del sexo que empiezan a preocupar al niño antes de que se produzcan sus impulsos conscientes, los padres pretenden separar a sus hijos de las "malas amistades", confiados en una inocencia que no existe, para entregarlos en manos de institutrices y criados.

Investigando en el desarrollo de las emociones sexuales de muchas criaturas, hemos podido comprobar que los primeros pasos en el camino de la sexualidad los dieron de la mano de esas personas en quienes los amantes padres depositaron toda su confianza. En estos casos, no cabe duda que las apariencias quedan debidamente cubiertas; pero en el fondo, entre los educadores domésticos y las criaturas, existen casi siempre secretos e intimidades inconfesables.

En la perniciosa influencia de la calle, a pesar de todo, es muy raro que el niño adquiera prácticamente esos conocimientos. La información que reciben es siempre brutal o equívoca: el daño suele ser moral solamente. Pero cuando se trata de criados o institutrices, las enseñanzas son prácticas casi siempre. Hemos visto a muchos niños-viejos que, al llegar a la edad púber, practicaban la sexualidad en sus formas aberrantes más graves. Las teorías de la calle no llegan nunca a las prácticas del hogar. Mientras tanto, los padres viven tranquilos y satisfechos de la aparente

cierta edad, es decir, hasta la diferenciación de los caracteres sexuales, llegan hasta el extremo de dormir en lechos mezclados sin que se efectúe la separación por sexos. La familiaridad es tanta, que hasta en los juegos es posible ver a estas criaturas practicando contactos que no realizaría un adulto sin excitarse sexualmente. (Lámina II.)

Los alemanes han sido siempre partidarios de la coeducación unida a la desnudez, tanto por sus ventajas higiénicas como por sus virtudes artísticas y morales. María Lischnevska fué una de las primeras mujeres que con más entusiasmo defendieron la ilustración metódica de los niños en materias sexuales, sosteniendo firmemente que la base de toda educación perfecta y apropiada a la vida se halla en relación directa con el cuerpo humano. Estima, además, que sólo mediante el desnudo es como los niños pueden apreciar las características sexuales primarias y secundarias de cada sexo.

En efecto, aunque esta particularidad de la coeducación no ofrezca un interés imprescindible, no cabe duda que el hecho de educar a los niños en los primeros años de su vida con arreglo a estos sistemas, sirve para colocarles en el mismo plano en que se desarrollan y viven los niños de los pueblos salvajes, los cuales se familiarizan con el desnudo de tal forma, que la atracción sexual pierde para ellos los caracteres que para nosotros resultan más sugestivos.

Es posible que el elemento estético del cuerpo humano no tome parte en lo que a la excitación sexual afecta en las costumbres de esos pueblos, que viven en el más íntimo contacto con la naturaleza; pero aun en el supuesto de que las cosas ocurran de esta manera, el hecho biológico no pierde absolutamente ninguna de sus condiciones esenciales.

No cabe duda que los iniciadores de estas teorías, practicadas en muchas partes, han tenido en cuenta esa particularidad; y la prueba de que el sistema es moral, está en que se desconocen en absoluto las preocupaciones que asaltan a los que hemos querido transformar la fábrica humana por medio del vestido y los convencionalismos de la moral.

Gerhard dice que, después de haber vivido en un país tropical durante los primeros años de su vida, habiéndose habituado a la desnudez en que vivían los indígenas, y que muchas veces practicaban sus padres y otros europeos, regresó a Alemania cuando ya

tenía veinte años, en cuya época oyó decir por vez primera que el cuerpo humano era "indecente". "Sólo entonces—dice—aprendí que era preciso cubrir el cuerpo para no despertar "malos impulsos", y sólo cuando dejé en absoluto de ver cuerpos desnudos, cuando una y otra vez me insinuaron que debajo de aquellas ropas había algo inconveniente, comprendí lo que aquello significaba... Hasta entonces no me había dado cuenta que un cuerpo desnudo, por el mero hecho de estarlo, podía despertar sensaciones eróticas. Yo había experimentado esas sensaciones, pero no se habían despertado en mí a la vista de un cuerpo desnudo: habían florecido gradualmente por la íntima unión de nuestras almas."

Esta inteligente observación de un hombre culto, educado entre salvajes, demuestra que la civilización es lo que contribuye principalmente a relacionar la sexualidad con el estado natural de los seres humanos. Es posible, incluso, que el amor de dos jóvenes salvajes, acostumbrados a vivir desnudos desde su nacimiento, aunque desprovisto de esos refinados elementos intelectuales, sea mucho más puro, más "del alma", que el de dos muchachos civilizados que jamás se mostraron dos palmos desnudos de sus cuerpos.

Forel es de opinión que la gazmoñería lo mismo puede ser inculcada que curada en los niños, según que se les haga saber que el desnudo es impuro o que se les demuestre que no puede haber impureza en aquello que es natural y sin ningún artificio. En sus instrucciones acerca de la educación sexual aconsejaba que los niños y niñas se bañasen juntos completamente desnudos. Otros autores alemanes, que se ocuparon de la lucha contra el creciente desarrollo de las enfermedades venéreas, afirman que el camino más corto para reprimir las excitaciones sexuales consiste en familiarizar a los niños con el desnudo. Enderlin demostró plenamente con casos prácticos que la desnudez no puede ejercer influencia sexual ni moral en el niño, por la sencilla razón de que el impulso sexual no está desarrollado plenamente en él. Cree que la coeducación en la desnudez debe prolongarse hasta la pubertad, con cuyo sistema los individuos estarán menos expuestos a los peligros morales y físicos de la precocidad sexual.

Otro autor alemán, Ungewitter, fué de opinión de que los niños y niñas hicieran sus ejercicios gimnásticos reunidos y en completo estado de desnudez. "De este modo—dice—el gimnasio se convertiría en escuela de moralidad, donde los jóvenes aprende-

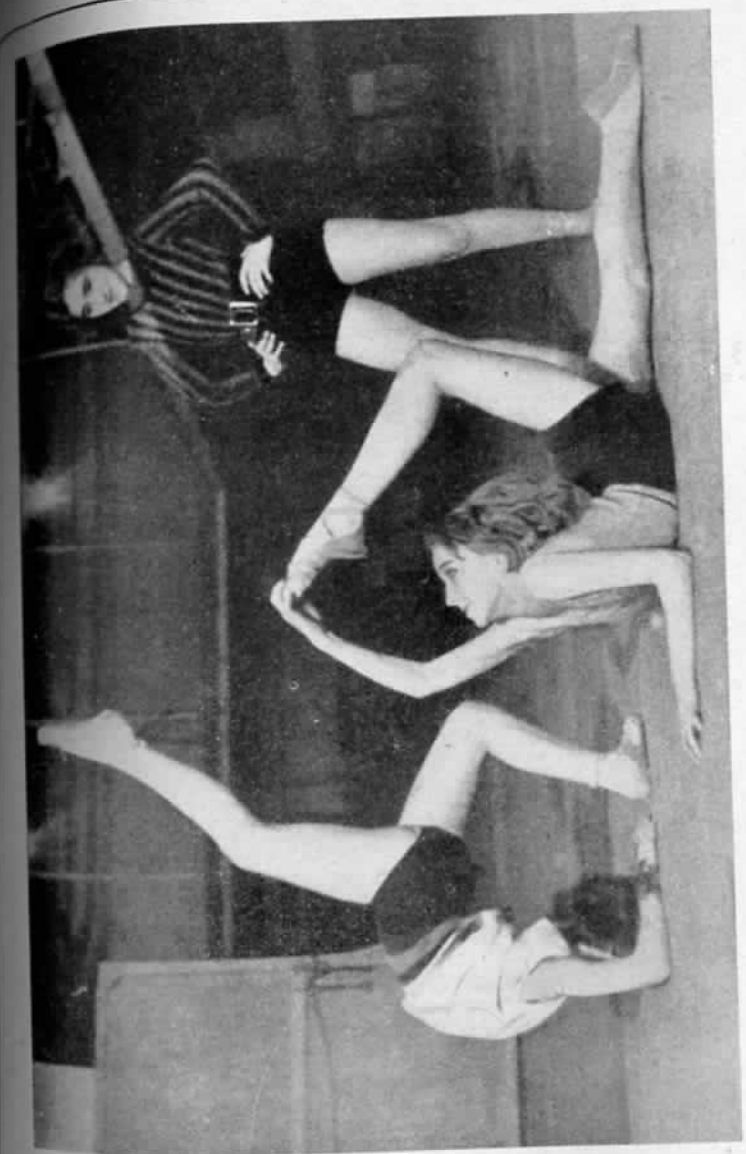
ciplinas de la educación desde su edad más tierna. En las escuelas alemanas, donde los niños ingresan tan pronto como están en condiciones de prescindir por completo de los cuidados de la madre—esto no ocurre en todas las escuelas—, la coeducación y la desnudez constituyen el único sistema de enseñanza, que se prolonga hasta la pubertad, en cuya hora se hace necesario el uso del vestido, pero más que nada en atención a la estética y a la parte higiénica, como se practica entre los salvajes.

Consideran estos educadores, con justa razón, que la joven púber no está en condiciones de exhibirse completamente desnuda durante los días que dura su flujo catamenial, porque este fenómeno, aunque completamente natural y respetable, resulta siempre antiestético, a pesar de todas las reglas higiénicas que en tal sentido puedan observarse.

A pesar de todo, es posible separar el desnudismo de la coeducación, y hasta debemos comprender que la coeducación y el vestido son tan compatibles como lo sea el desnudo y la incultura: las ventajas del desnudismo, hoy tan en boga, ya las veremos en otro volumen próximo.

En todas las escuelas de Inglaterra, Suecia, Estados Unidos y otros países de Europa y América, no se practica otro sistema pedagógico de mejores resultados. Si se nos dijera, y con razón, que a pesar de todos esos beneficios de la educación en común la moralidad sexual deja bastante que desear, puede responderse que ello no es el producto de la misma coeducación, sino más bien de la civilización. A pesar de todo, no cabe duda que los peligros más graves de la falta de conocimiento de las materias sexuales —los vicios, las perversiones, el aborto, los matrimonios desgraciados, etc.—son menos abundantes en esos países que en aquellos otros que conservan las viejas tradiciones de la moral. Ocurre, sencillamente, que esa moralidad contrasta con los usos que hemos aceptado en los pueblos que no piensan ni se manifiestan de la misma manera que nosotros. El amor, la sexualidad, se practica con menos trabas que en los países meridionales y más influenciados por las antiguas ideas ascéticas, porque esas cuestiones se asientan sobre bases que tienden a volver a los primitivos procedimientos naturales.

Las estadísticas demuestran que en los países donde se practica la coeducación, las enfermedades venéreas son cada día menos frecuentes y la ética sexual no está constituída por los mil-



LOS "OKTOBRIASTOS".

Niñas de una escuela rusa donde se practica la enseñanza de las cuestiones sexuales, realizando ejercicios gimnásticos bajo la dirección de una inspectora de su edad.

LAMINA III



LA NUEVA RUSIA.
Muchacha rusa perteneciente al "komsomol" o asociación de la juventud comunista, suficientemente preparada para ganarse la vida en su profesión y apta para el matrimonio.

LAMINA IV

...ales prejuicios que nosotros sostenemos y que no son otra cosa ...r la negación de las virtudes contenidas en los sistemas natu... Así, pues, para nosotros resulta inmoral la coeducación, y ...dos los ensayos que se efectúen en este sentido han de chocar ...a la opinión mojigata y estúpida, que siempre constituyó la tra... más poderosa para el mejor desarrollo de las ideas morales.

En prueba de nuestro aserto vamos a reproducir lo que dice un ...riódico de Madrid—seguramente la noticia la publicaron otros ...s—, de fecha de 1 de abril de 1934, bajo el título "Una nota de ...F. A. E. sobre la coeducación" :

"La Comisión técnica de la F. A. E. llama la atención a las au...idades sobre la propaganda sistemática que se viene haciendo ...España para desmoralizar la juventud. Las quejas que nos lle...an de los centros en que se halla impuesta la coeducación son ...ara alarmar, y con carácter de toda urgencia, a las autoridades ...quienes competen. Desgraciadamente, en el Ministerio de Ins...rucción pública no encontramos más que buenas palabras.

"Es ya el sexto ministro de la República a quien acudimos con ...da energía y con toda urgencia para que este asunto se arregle, ...hay, por lo visto, en el Ministerio o detrás del ministro, quien ...ene interés en desmoralizar a los niños y, sobre todo, a las niñas.

"Lo que la Comisión técnica de la F. A. E. pide es tan claro, ...e no lo puede ser más. El revuelo entre los padres de familia, ...ntre las madres y entre toda clase de Asociaciones es evidente, ...y si esto continúa así, la F. A. E. no tendrá más remedio que pro...over una intensa campaña en Madrid y provincias, si es necesa...io, para pedir la pronta reorganización del Ministerio de Instruc...ión pública, sobre todo en las Oficinas técnicas, que tienen com...pletamente abandonado al país en materia tan delicada como es ...la educación moral de la juventud en la Segunda enseñanza.

"El ministro lo sabe, tiene que saberlo, como lo sabemos nos...otros en los viajes que estamos haciendo por toda España, que ...hay un malestar grandísimo en todos los centros oficiales de Se...gunda enseñanza, llámense Normales o Institutos. El ministro ...sabe, debe saberlo, como lo sabemos nosotros, que la masonería ...está interesadísima en imponer la coeducación, y el ministro debe ...saber también que por toda España se murmura y se dice, no sin ...fundamento, que la coeducación impuesta en Normales e Insti...tutos es uno de los aspectos de la campaña antipatriótica que se ...hace desde el extranjero para debilitar y destruir la raza española.

"Nosotros queremos hacernos eco de este movimiento, porque no dudamos de que la ola de protesta irá creciendo cada vez más, y estamos dispuestos a no cejar en nuestra campaña e influir en todos los partidos políticos que conserven siquiera la ética del derecho natural para que se ponga pronto remedio a este atropello bárbaro que se está cometiendo en España con los niños y las niñas en la época de la pubertad.

"Esperamos confiadamente de la cultura del ministro que hará lo que no han sido capaz de hacer ninguno de sus antecesores. Le llamamos la atención al Sr. Madariaga sobre la práctica de Inglaterra. El sabe perfectamente, pues ha vivido varios años en Oxford, que los técnicos ingleses se escandalizarían de esta imposición violentísima que se hace a los niños y niñas españoles, y que en Inglaterra, en los grandes centros de Segunda enseñanza, hay separación de sexos.

"Llamamos también la atención del Sr. Ministro de Comunicaciones sobre la coeducación que se trata de imponer en el Hogar-Escuela de Huérfanos de Correos. La Orden ministerial de 21 de marzo, "Gaceta" del 27, que regula la construcción de este edificio, es para alarmar a la opinión pública. Estamos seguros de que el Sr. Ministro no se ha informado de la gravedad que encierra esa disposición... Pobres niños huérfanos."

El periódico de donde transcribimos la anterior nota, francamente clerical, no hace el menor comentario. No sabemos si será la falta de espacio o el sobrante de sentido común o práctico de la vida lo que le haya obligado a insertar la nota referida. A pesar de su matiz, casi nos inclinamos a creer que la ausencia del comentario obedece a lo improcedente y desatinado de la nota que, dicho sea de paso, parece redactada por un cónclave de beatas menopáusicas.

En estas condiciones, y bajo semejantes presiones, no es posible que en España puedan tener arraigo los métodos pedagógicos aceptados por todos los países cultos. El hecho de afirmar que se realiza una "campaña sistemática" "para desmoralizar a la juventud" es tanto como decir que la juventud está más moralizada con arreglo a los antiguos sistemas de enseñanza.

Ese revuelo entre los padres y madres de que hablan los que protestan contra la coeducación es lo que menos puede sorprendernos; la incultura y la incomprensión fueron siempre la base de la mayor parte de las protestas irrazonadas. Por otra parte, los

que vivimos más al tanto de estas cuestiones de la psicología sexual de las multitudes no tenemos noticias de que la coeducación practicada en España pase de ser lo que ya hace muchísimos años se viene realizando. Todo se reduce a que los niños y niñas que se educan en los Institutos de Segunda enseñanza y en las demás escuelas de estudios superiores escuchen juntos las explicaciones que acerca de la Fisiología dan los profesores. En mis tiempos de estudiante, no hace más que tres lustros, la coeducación estaba planteada en los mismos términos que en la actualidad, y nadie creaba a los ministros ese conflicto que la F. A. E. pretende iniciar, complicando a todos los sectores políticos "que conserven siquiera la ética del derecho natural". Las explicaciones acerca de la anatomía y la fisiología humana las aceptábamos sin reservas—bastantes oponían los profesores—; pero para completar los estudios teníamos necesidad de recurrir a los tratados de obstetricia y ginecología, de donde obteníamos los apuntes, que después eran copiados lo mismo por los compañeros masculinos que por los femeninos.

Y recuerdo, además, que la gran familiaridad que reinaba entre nosotros "nos impedía" mezclar en nuestras relaciones cualquier elemento destructor del respeto que recíprocamente nos inspirábamos. Además, nuestro orgullo se manifestaba en el sentido de sentir, o al menos fingir, la misma indiferencia que, naturalmente, nuestras compañeras mostraban por nosotros. Al mismo tiempo, considerábamos como un honor que ellas compartiesen con nosotros los estudios que los moralistas conceptúan escabrosos y que a los estudiantes nos parecían naturalísimos, al paso que comentábamos el estúpido afán de los profesores por ocultarnos aquello que a toda costa nos esforzábamos por conocer.

Cualquiera de nosotros hubiera podido dar lecciones de moralidad sexual a algunos de nuestros profesores de Fisiología y Anatomía, seguramente con tanta serenidad como aconsejan los instructores de los pedagogos. Nuestras discusiones se referían, muy principalmente, a la frecuencia normal de las relaciones sexuales, a la edad adecuada para practicarlas, a sus consecuencias y su importancia con relación al desarrollo intelectual. Las afirmaciones de Tissot las contrastábamos con las de otros tratadistas más amplios de criterio, en lo referente a los peligros de la masturbación. En este punto, es posible que ni nosotros ni nuestras compañeras de estudios dejásemos de comprender a los polemistas, que, a pe-

sar de todo, no hacían más que perder el tiempo. Sólo había un compañero completamente dominado por los hábitos solitarios, hecho que se advertía en su aspecto físico y en su falta de agilidad intelectual. Nosotros no podíamos ocultar la contrariedad o la repugnancia que la conducta de nuestro compañero nos inspiraba, y sin necesidad de haber leído a Tissot, es fácil que nuestra actitud no hubiera variado en nada en aquella actitud condenatoria.

Ahora bien, esta repugnancia no brotaba de una manera espontánea en nuestro criterio: eran las muchachas, seguramente más sagaces, las que iniciaron aquella actitud de silenciosa indiferencia hacia el colega, y por extensión, a cuantos nos relacionábamos con él. Más castas, indudablemente, que los muchachos, o acaso dotadas de todo el instinto de la feminidad en lo que se refiere a la selección sexual, es posible que considerasen que el autoerotismo del hombre era incompatible con la absoluta virilidad. Este sentimiento de repulsa que se encuentra entre las jóvenes de muchos pueblos salvajes existe también entre las adolescentes civilizadas; pero lo cierto es que sólo puede ser advertida esta actitud cuando entre los jóvenes de ambos sexos se ha establecido esa intimidad que tiene lugar por medio de la coeducación.

Si estas ventajas indiscutibles no son reconocidas como se debe, ya que la protesta que hemos reproducido así lo demuestra, no cabe duda que a la juventud se le prohibe hacer uso de las leyes más naturales de la selección sexual, es decir, de la perfecta elección del cónyuge. La coeducación es tan útil como el matrimonio de prueba, si bien en ese sistema pedagógico las ideas morales se desarrollan completamente con independencia de la práctica de la sexualidad, que sólo es admisible cuando el individuo ha alcanzado el pleno desarrollo físico. La diferencia está entonces en que la coeducación puede iniciarse desde los primeros días de la vida del niño, y el matrimonio de ensayo requiere de otra preparación intelectual que permita al individuo adquirir la conciencia de la responsabilidad de sus actos sexuales.

Las protestas contra la coeducación no tienen otro fundamento más razonable que la vieja norma ascética de la separación de los sexos. Este sistema, contraproducente, no sería adoptado por los pueblos más salvajes que, a pesar de su barbarie, se mostrasen partidarios del ideal equivocado del ascetismo. No se acaba de comprender que cuantas más trabas se pongan a la familiaridad

que debe existir entre los niños de distinto sexo, en mayor grado se producirán las excitaciones que impelen a los jóvenes a buscar las razones de esa separación. Todos los esfuerzos que se realizan en este sentido acaban por ser contraproducentes. Para que la prohibición resultase eficaz, sería preciso que el niño recibiera una explicación perfectamente razonable; lo mismo que se le demuestra que subiéndose a un árbol corre el riesgo de caer y estrellarse contra el suelo, debe demostrársele que su familiaridad con otra niña puede irrogarle perjuicios igualmente graves.

Ahora bien, ¿qué clase de argumentos debe esgrimirse con una niña o con un niño para que su natural curiosidad pueda quedar legítimamente satisfecha? Esta falta de recursos es el verdadero problema sin solución, hecho que, por sí solo, es más que suficiente para evidenciar lo artificioso de los procedimientos empleados para mantener esas viejas ideas morales en equilibrio inestable.

En resumen: la coeducación es el sistema racional por excelencia para la preparación prepuberal de la juventud, siempre que en todo ese tiempo se atienda con preferencia a satisfacer la legítima curiosidad del niño en todo aquello que más tarde ha de constituir la base esencial de su existencia como ser organizado. Ni prejuicios estúpidos ni mojigaterías antinaturales: la sinceridad, la verdad y la nobleza con el niño, son semillas que fructifican siempre, produciendo los más ubérrimos frutos morales que pueden imaginarse. Luego el secreto no es cuestión de forma, sino de fondo: cualquier forma es buena para lograr los mejores fines, y la cultura no regatea los infinitos procedimientos en que es pródiga. Pero hasta que no comprenda que la educación de las generaciones venideras no es un problema que afecta únicamente a la familia, sino que su transcendencia es mucho más amplia por lo que debe ser encomendada a las instituciones pedagógicas y científicas de absoluta solvencia, esta función social no podrá ser perfecta, y constantemente persistirá la inquietud moral junto al desequilibrio fisiológico, ya que éste es casi siempre la consecuencia lógica de aquélla.

LA MISION DEL MEDICO

La selección del niño para la educación escolar.—Higiene y alimentación.—El calor, enemigo de la pureza.—El castigo corporal en las escuelas.—De las disciplinas a la perversión algolágnica.—La ignorancia de los padres y los maestros.—Prescripciones médicas respecto a la higiene escolar.—El médico, como director de la enseñanza sexual.—Resultados de un plebiscito.—Las opiniones de los médicos célebres.

En el anterior volumen nos hemos referido, en términos generales, a la actitud observada por la ciencia médica ante el problema sexual. Siendo la sexualidad un aspecto natural y preciso para la prosperidad y el mejor desarrollo de la raza, parecería natural que los seres se organizasen por sí mismos, sin necesitar de la colaboración de otras inteligencias superiores o especialmente preparadas para ejercer el control de esas funciones naturales. Pero la prueba de que esto no puede ser así, la encontramos en la historia de la Medicina, ciencia que se practicó en las primeras edades del hombre y que existe aún entre los pueblos de civilización más remota, e incluso entre los salvajes más primitivos, ya sea practicada por los hechiceros, por los magos o los curanderos, que unas veces explotan su inteligencia y otras aplican su sabiduría en la ciencia de prevenir o de curar las afecciones a que siempre estuvo expuesto el organismo humano.

Ahora bien, en lo que a la higiene preventiva respecta, todos los pueblos primitivos no hacen más que vivir en contacto con la Naturaleza, disfrutando de los beneficios de sus energías propias, es decir, naturales, tales como el sol, el aire y el agua, que son los elementos fundamentales que contribuyen al desarrollo de todos los seres vivos, ya sean animales o plantas.

En muchos países civilizados el médico interviene con preferencia en la dirección de la enseñanza, seleccionando a los niños

que han de recibir la instrucción primaria en las escuelas. En esos países no es admitido un niño en el colegio si no presenta un certificado médico completamente limpio: en otro caso, los niños son remitidos a las escuelas especiales de educación de anormales y deficientes.

En España, por lo general, el certificado sanitario se reduce a la comprobación de la vacuna antivariólica, poca cosa, en verdad, en estos tiempos, cuando la higiene en general ha progresado tanto, que esa terrible enfermedad puede considerarse desaparecida.

Para que la selección de la población escolar se efectuase como es debido, sería necesario que el puericultor pudiera actuar con absoluta libertad, basándose en el historial clínico de cada familia, realizado por los médicos de cabecera; pero esta innovación está muy lejos de ser introducida en nuestras costumbres mientras el Estado no asuma por entero esta responsabilidad, haciendo que los servicios sanitarios sean completamente gratuitos, lo mismo en lo que se refiere a la asistencia facultativa que al suministro de medicamentos.

Todo esto en términos generales. En lo que afecta a la higiene del sistema reproductor, que depende, en gran parte, del cuidado general del cuerpo, sólo hay unas cuantas escuelas modernas en las que el niño recibe esta educación bajo la dirección de un personal inteligente y bien preparado. Las escuelas construídas en Madrid, por iniciativa del Partido Socialista español, pueden ser consideradas como verdaderos modelos de orientación moderna. Todas disponen de amplias piscinas, que por ahora sólo se utilizan en los meses de verano.

La higiene no se reduce solamente al acuario y al solario, aunque no cabe duda que la limpieza absoluta de la piel, su aireación y soleación son cosas esenciales para la preparación sexual, lo mismo que en los adultos representan la mayor parte de las energías para la práctica de la sexualidad higiénica. El sistema de alimentación es también importantísimo y a ello se concede gran preferencia en aquellos centros escolares de Europa y América en los que los niños permanecen la mayor parte del año sometidos a una inteligente disciplina que difícilmente puede existir en el hogar, ya que hay muy pocos padres que sean capaces de realizar un estudio científico de la importante cuestión de la alimentación del niño y del adolescente.

Este aspecto es importantísimo en lo que se refiere a la sexua-

lidad del niño. Gallichan dice a este respecto: "Para el mantenimiento de la salud sexual, así como de la general, el régimen alimenticio de la infancia y la juventud debe ser sencillo, nutritivo y no estimulante. La carne es perjudicial para el niño si se le da en cantidades indebidas, y en la pubertad contribuye a inflamar el deseo sexual latente. No cabe la menor duda que la alimentación excesiva estimula activamente el erotismo en los adolescentes y en los adultos."

Todos los médicos están de acuerdo en este aspecto vital de la educación infantil, reconociendo, además, que es prácticamente imposible evitar todas las excitaciones espontáneas de carácter erótico que puede experimentar el niño y que son considerablemente aumentadas en virtud de un régimen de alimentación inadecuado.

En las escuelas de coeducación, los médicos especialistas en pediatría vigilan constantemente a los alumnos, consiguiendo aminorar en gran parte los riesgos de los estímulos externos y de las excitaciones artificiales. Un estimulante físico de primera magnitud es el excesivo calor de la piel a causa del uso de ropas de mucho abrigo, los baños templados, la permanencia en la cama después de satisfecho el sueño, etc. El niño debe dormir las horas necesarias, pero levantándose casi con el sol en todo tiempo para tomar inmediatamente la ducha o el baño frío. En las escuelas de coeducación de Praga, la diana toca a las siete en invierno y a las cinco y media en verano. Los niños de ambos sexos, hasta de once años de edad, toman la ducha fría, en todo tiempo, después de cinco minutos de ejercicio físico inmediatamente después de saltar de la cama.

La vieja y brutal máxima pedagógica de que "la letra con sangre entra", recurriendo a la práctica del azotamiento, por fortuna ya en desuso, ha ocasionado más víctimas de las perversiones sexuales que todas las excitaciones internas y externas juntas. La algolagnia, es decir, el sadomasoquismo de muchos pervertidos, tuvo su origen en esas escenas de azotamiento que fueron tan frecuentes en los antiguos procedimientos de enseñanza. Un tratadista dice: "Hay padres bien intencionados que persisten aún en la práctica del castigo corporal, porque ignoran la potencialidad maligna que encierra. El castigo del cuerpo desnudo es una forma de satisfacción buscada por gran número de pervertidos sexuales en todas las naciones civilizadas. No obstante el peso de

padres, debe saber que la inmensa mayoría de los padres se olvidan de su deber en este respecto. Los maestros deben cooperar con los padres, como ya lo hacen algunos, en la tarea de dirigir el desarrollo sexual."

No obstante, si nosotros fuéramos encargados de acometer la improba tarea de reformar los vigentes sistemas de enseñanza, empezaríamos por seleccionar debidamente, como ya hemos dicho, a los educadores. En el caso probable de que a pesar de esa selección meticulosa no fuera posible reunir el número de pedagogos que se estima necesario para que la labor educativa fuese ampliamente eficaz, recurriríamos al médico, y siempre al médico, preferiblemente un buen psicosexólogo, que en presencia del director de la clase explicaría las lecciones de un buen tratado de pedagogía sexual. Y si este médico fuese a la vez el del colegio, como sería posible tan pronto como los Estados concediesen al niño toda la importancia que merece, empezando por utilizar los servicios de los médicos especializados, llegaríamos a la meta de la perfección sin necesidad de otras intervenciones, ni por parte de los padres ni de los religiosos.

En Inglaterra es donde con más vigor se han acusado las reformas propuestas por los eclesiásticos, que han comprendido la necesidad de la instrucción del adolescente en las leyes del perpetuamiento de la vida. Pero se advierte que estos religiosos de la Iglesia protestante se fundan esencialmente en las investigaciones de los médicos, a los cuales citan, discuten, niegan o apoyan desde el punto de vista de la ética sexual más perfecta. De estas discusiones, siempre cordiales y laboriosas, ha brotado la luz y la sabiduría. Nunca fué la intransigencia la característica de los eclesiásticos verdaderamente prestigiosos y cultos.

A continuación reproducimos las opiniones de algunos médicos ingleses cuando se inició una especie de plebiscito acerca de la conveniencia de introducir en la enseñanza la instrucción sobre las cuestiones sexuales:

Dr. E. B. Sherlock (catedrático de Biología): "Puesto que es el espíritu científico lo que mueve a quienes se ocupan de la tarea investigadora, no puede obtenerse nada que no sea beneficioso para toda la sociedad de un estudio crítico de nuestro concepto de la moralidad sexual."

Dr. Kelynack (pediatra): "Se está reconociendo que una educación racional debe facilitar una instrucción adecuada en lo relativo a la higiene sexual... En todos los sistemas religiosos, sociales y educativos, el significado y las manifestaciones del instinto sexual deben recibir una importancia primordial."

Havelock Ellis decía entonces: "En Inglaterra poco o nada se ha progresado todavía... Ciertamente puede decirse que quienes se oponen a la ilustración sexual de la juventud en las grandes ciudades prestan su concurso, sépanlo o no, a las influencias que originan el vicio y la inmoralidad... Apenas si es necesario decir que el maestro o maestra corrientes no tienen ninguna competencia para hablar de higiene sexual."

Dr. Godchild: "Es poco menos que criminal dejar a nuestros jóvenes entre las excitaciones y las tentaciones de una gran ciudad, sin más preparación que si fueran a vivir al Paraíso."

Prof. Pearson: "Puesto que todo el desarrollo de nuestra especie depende en absoluto de las relaciones sexuales, el historiador natural del futuro recurrirá, hasta un extremo apenas imaginado hoy, a la ciencia de la sexología y a la historia formal del sexo."

Dr. Paget: "Cuando pensamos seriamente en los muchachos y muchachas de catorce a dieciocho años, no se aparta del fondo de nuestro espíritu la idea del sexo... Debemos empezar a enseñarles cuando son niños... Pero aún no sabemos cómo hablar a los niños acerca de su naturaleza corporal cuando tienen seis y siete años... No creo que lo que llamamos "inocencia" sea una protección sana de los muchachos y las muchachas contra las sendas impuras o pervertidas de la adolescencia."

El Obispo de Londres dice: "Ha pasado el tiempo de los susurros y las paráfrasis. Debe decirse a los muchachos y a las muchachas lo que significan estos grandes hechos vitales y debe facilitárseles el adecuado conocimiento de sus cuerpos y el modo de cuidarlos. Nada de abstracciones: hoy día el único camino a seguir es proceder con franqueza, de hombre a hombre."

El Dr. Sidney Unwin: "La inclinación sexual está finalmente relacionada con los afectos, y los afectos deben adiestrarse como cualquier otra parte de la personalidad del niño si éste ha de regir y emplear bien la fuerza sexual que lleva dentro de sí."

El Dr. Ceresole, de Lausana, dijo: "Las ideas de hoy sobre la higiena y la ética sexuales son las mismas que las de los siglos bárbaros. No están en armonía con el progreso de la ciencia mo-

derna y constituyen un peligro inveterado y permanente para la sociedad."

La Doctora Mary Scharlieb: "Es una verdadera crueldad permitir que una joven se case sin conocer los hechos de que depende su felicidad."

Dr. Sibly: "No es posible ningún mejoramiento de las actuales condiciones hasta que se haya hablado mucho más claramente."

Profesores Gedes y Thompson: "Debe decírseles, honrada y alentadoramente, que éstos son los brotes normales y necesarios de la vida... Es la ignorancia, no la ciencia, lo que engendra la mojigatería y corrompe el pensamiento... Una niebla excesiva cubre la vida cotidiana, una niebla obscura e insana, que favorece los errores del juicio y los errores de la conducta."

El Dr. Robie se refiere a "la espantosa obscuridad que rodea a la cuestión sexual para la mayoría de los jóvenes, y que indirectamente afecta al estado conyugal... Yo creo que este recurso emotivo es el principal punto de ataque para prevenir y educar a los jóvenes con una opinión correcta de la vida sexual".

Dr. James Paget: "La ignorancia en las cuestiones sexuales parece ser una notable característica de la parte más civilizada de la raza humana."

Doctora Hoskyns-Abrahall: "La primera adolescencia es la época en que los muchachos y las muchachas deben empezar a comprender la responsabilidad en que incurre una generación para con la siguiente y deben aprender a sentirse en posesión de una gran herencia y animados por la generosa resolución de no consentir que ésta se malogre."

La Vicecomisión de Chicago: "La Comisión cree que en el caso de los niños que han llegado a la pubertad, la higiene sexual puede enseñarse en las escuelas por medio de maestros cuidadosamnte preparados y científicamente instruídos. En cuanto a los niños más pequeños, los padres deben practicar la enseñanza como parte de un deber sagrado. En los colegios y en las Universidades debe enseñarse universalmente la higiene sexual."

Doctor Charles Fox: "Es, en verdad, deplorable que una causa prolífica de la histeria y de sus manifestaciones sea la culpable ignorancia de las muchachas."

Doctor Napheys: "La ignorancia en esto significa el sufrimiento, la enfermedad y, a veces, la muerte."

Todas estas opiniones que reproducimos del admirable libro de

Gallichan, ya citado, son de las más brillantes personalidades de ciencia de Inglaterra y los Estados Unidos, pueblos en los que, a pesar de todo, el problema sexual ha quedado reducido a su expresión mínima.

Claro es que, dentro del Cuerpo médico, como en todas las colectividades, hay personas que sustentan los criterios más opuestos. Pero esto no obstante, la regla general entre los médicos es el tipo de hombre moderno y comprensivo, que, aun siguiendo aherrojado por los viejos prejuicios de que la sexualidad es "pecado", no deja de comprender que la ignorancia en cuestiones sexuales de todo individuo que no es apto para la práctica del asetismo, se traduce al final en trastornos y enfermedades que sólo el médico es el llamado a curar, porque para ello no sirven las exhortaciones de los moralistas ni las apreciaciones de los eclesiásticos.

El médico, más que el educador, está en el deber de incrementar la campaña de difusión de las enseñanzas sobre las cuestiones sexuales, no ya desde el punto de vista del sociólogo o el auténtico moralista, sino atendiendo a su ministerio. Claro es que esta labor titánica de lucha contra la ignorancia, el prejuicio que nace del falso pudor y contra las vulgares opiniones del arroyo, no es posible que sea acometida por el médico como individuo o como colectividad aislada: es el interés de los Estados la primera energía que debe ponerse en juego. De otra forma, la ciencia médica se estrellará siempre contra esas barreras infranqueables levantadas por la incomprensión al paso de las ideas científicas más naturales, que sólo pueden desarrollarse en los pueblos cuyo nivel cultural tiene sus bases en el aislamiento de la moralidad y de las leyes de la Naturaleza.

EL SISTEMA RUSO

La sexualidad en la época zarista.—Los "Oktobriastos".—La autonomía escolar.—El padre y el hijo.—Características de la educación sexual.—División de la enseñanza.—Los cursos especiales.—Actitud del joven ante la prostitución.—El autoerotismo.—Selección y eugenesia.—La protección de la mujer.—Su actitud frente al amor.—Transformación de los impulsos naturales.—Imposibilidad de adoptar el sistema con reservas.

En toda la enorme transformación de la ética social de la Rusia soviética, el aspecto que más hondamente se ha revolucionado es el que se refiere a la sexualidad. Los revolucionarios octubristas tenían ya un plan perfectamente trazado antes de hacerse cargo del Poder, y al poco tiempo de haber llevado a cabo la parte más violenta de la revolución, dieron en llevar a la práctica las teorías que muchos años antes habían lanzado los psicosexólogos, y que no fueron aceptadas por la opinión ni por los moralistas de aquellos países, donde por vez primera se mostraron a la opinión pública. Havelock Ellis, Bertrand Russell, Bloch, Mary Stopes, Carpenter y otros revolucionarios modernos de la ciencia del sexo, cuentan en Rusia con lectores y admiradores, con colegios y escuelas que llevan su nombre, con continuadores de sus teorías y doctrinas.

Este hecho, harto significativo, de la existencia de un espíritu moderno y científico, tiene, por fuerza, que resultar grato a los reformadores sinceros, que en todo tiempo se desenvolvieron en un ambiente de incomprensión que sirvió de rémora a sus entusiasmos.

De un solo plumazo se transformaron por completo los usos arcaicos del zarismo, caracterizados por la superstición y por el dominio de las más absurdas e inmorales concepciones religiosas, como aquellas en cuyo nombre predicaba Rasputín las excelen-

cias del pecado del amor cometido con la única finalidad, según el célebre monje, de alcanzar el perdón divino..., para empezar a pecar de nuevo.

A todo esto, la prostitución infantil llenaba muchas calles de las grandes ciudades—San Petersburgo, Moscú, Odessa...—, porque la niña, la hija del "mujick", tenía que rendir el tributo de su cuerpo al monstruo de todas las lujurias de las grandes urbes, dominadas por la moral tradicional impuesta por los decretos imperiales.

Las enfermedades venéreas, las perversiones, todo lo más repugnante de la sexualidad, prosperaba en la Rusia zarista con caracteres aterradores. No obstante la directa intervención del Estado en la vida íntima de los ciudadanos, no era posible atajar el desquiciamiento moral de las costumbres y aquellas tremendas inmoralidades amparadas o encubiertas por la Policía, propicia a todos los sobornos.

El desarrollo de todas estas inmoralidades estribaba esencialmente en la enorme incultura del pueblo, sometido al dominio de las clases elevadas. Por eso, como es natural, la principal preocupación de las autoridades revolucionarias fué la de acabar con todos aquellos aspectos deplorables de la vieja organización social, empezando por convertir en escuelas los suntuosos palacios de los magnates, las iglesias y los conventos.

Por otra parte, la gran guerra había destruído lo más florido de la juventud; el pueblo estaba depauperado, hambriento y sin energías físicas; esta miseria moral y fisiológica fué la mayor fuerza de la revolución. Por lo tanto, era necesario crear generaciones más sanas y vigorosas, y en demanda de ese resultado se empezó por dar a la mujer la personalidad que no había tenido en la época zarista. Pero esta gran reforma no podía ser más que una parte de la realización del magno programa revolucionario, que estribaba, además, en la realización de una política natalista a base de individuos sanos, de otras generaciones más a tono con las necesidades de la revolución. No obstante, el primer material humano aprovechable para el desarrollo íntegro de las doctrinas comunistas lo constituyeron los "oktobriastos", o niños nacidos en octubre, durante la revolución. Y cuando estas criaturas contaban cuatro o cinco años, sirvieron de "conejos de Indias", es decir, de carne de ensayo para la implantación del nuevo régimen de educación, en el que la pedagogía sexual constituye, hoy por

hoy, la parte más importante del programa general en todas las instituciones docentes de mayor importancia de la nueva cultura soviética. (Lámina III.)

El principio de autonomía denominado "Samooupravlenie" se aplica lo mismo a la escuela que a los negocios públicos. Por esta razón, los niños y los jóvenes se agrupan en comunidades autónomas, hasta el extremo de que en la organización escolar, la autoridad de los padres no puede traspasar los umbrales de esos centros educativos, mientras que la autoridad de los niños equilibra la de sus profesores, ya que esas comunidades eligen sus jefes, los cuales asumen la responsabilidad de la disciplina interior, sirviendo de intermediarios entre sus compañeros y los profesores.

Huelga decir que este sistema se basa en los más amplios conceptos de la libertad individual, que ni siquiera admite la influencia de la célula familiar, en la que pueden subsistir reminiscencias de otras ideas fuertemente arraigadas y opuestas a la política soviética. No obstante respetarse estas ideas, hecho que, a pesar de todo, revela cierta firmeza de convicciones que debe ser fomentada, puesto que el verdadero concepto de libertad empieza en la facultad del pensamiento, la moral comunista no consiente que esas teorías hagan nuevos adeptos, sino que están destinadas a perecer con quienes las sustentan mientras no se opongan de otra forma a la política soviética. A partir de los "oktobriastos", no hay nada que hacer; todo individuo nacido a contar de la revolución tiene que ser, quieras que no, comunista, a no ser que opte por emigrar de la U. R. R. S.

Luego el padre tiene sobre su hijo unos derechos limitadísimos; es más: seguramente no está asistido por ningún derecho, extremo que las autoridades se encargan de hacer evidente y sin discusión posible. Por lo tanto, el Estado impone las normas educativas y las de orientación profesional, y cada pequeño ciudadano queda en libertad de educarse con arreglo a sus conveniencias o de acuerdo con sus aficiones, pues al ingresar en el Komsomol o Asociación de la Juventud comunista, tiene que ser ya un hombre útil, que no necesite de nadie para buscarse la vida. (Lámina IV.)

Pero para ser un elemento útil a la sociedad y a la raza es necesario haber pasado por la escuela y empezar, en primer lugar, por conocerse a sí mismo lo mismo en el aspecto moral que en

el físico. Debe saber, además, que es apto para reproducirse, puesto que la institución del matrimonio, muy parecida al amor libre, le permite ser padre tan pronto como está en condiciones de subvenir a las necesidades de su hogar.

Al cumplir los cuatro años, el niño es separado, no arrancado, de sus padres, porque la moral soviética está persuadida de que el niño no puede ser educado con utilidad y eficacia en el seno del hogar. Tiene, ante todo, que aprender a ser comunista, a comprender las doctrinas oficiales y a ser un ciudadano libre. El Estado le ayuda ahora, para que luego él le ayude al Estado.

A esta edad se inicia, con el aprendizaje de las primeras letras, la educación sexual. Se empieza por cursos de Botánica y de Historia Natural, se pasa por la Antropología y se entra de lleno en la Anatomía y la Fisiología humanas, pero concediendo una importancia preferente a las funciones de la reproducción, que un niño ruso conoce a la perfección, al menos en teoría, a los doce o trece años.

La característica esencial de esta educación es la franqueza, el realismo absoluto. Se tiende a destruir por completo todas las supersticiones y creencias equivocadas que subsisten en los pueblos occidentales, reemplazando los mitos y los misterios por la verdad científica.

La enseñanza se divide en tres partes: en primer lugar, como hemos dicho, los alumnos atienden a las explicaciones de los profesores acerca de la reproducción de las plantas, de las aves y de los peces; luego se estudia particularmente a la gallina y los diferentes componentes del huevo virgen, y a continuación se explica lo que es el germen del gallo. Conocidos todos estos aspectos y particularidades, los niños presencian la cópula del gallo con la gallina, recibiendo determinadas explicaciones acerca de la psicología sexual de estos animales. El galanteo, la selección, la actitud del macho, la conducta de la hembra, etc. En tercer lugar, los alumnos estudian la reproducción en los mamíferos superiores, y como final de esta instrucción preparatoria se les enseña con toda franqueza la anatomía y la fisiología de la reproducción humana. A todo esto, el sistema seguido se basa en la coeducación que en ciertas épocas va unida al desnudismo, especialmente en las regiones del Sur de Rusia, donde en gran parte del invierno y en el resto de las estaciones se practica el "camping", o sea la vida en tiendas de campaña.

Al entrar en la pubertad, los sexos son separados. Entonces se presta la mayor atención al estudio de los fenómenos del desarrollo sexual, tales como la menstruación, función de las glándulas sexuales, crecimiento de los senos, desarrollo de las caderas, crecimiento del vello púbico, modificaciones de la voz, y en fin, cuanto caracteriza a la pubertad.

La coeducación sexual cesa en este punto, pues las clases de sexología o pedagogía sexológica son explicadas por una profesora para los jóvenes, y por un profesor médico para las muchachas. En los demás aspectos de la enseñanza, la educación se practica en común.

Los cursos referentes a la patología sexual también se practican en común, sobre todo lo referente a la profilaxis, propagación y curación de las enfermedades venéreas. La ilustración se efectúa por medio de fotografías y láminas, y en algunos casos asistiendo a las explicaciones especiales de los médicos en los hospitales y clínicas del Estado.

Otra de las características esenciales de este sistema educativo está en la rigurosa vigilancia que se ejerce cerca de los educandos, a fin de evitar que las enseñanzas puedan tener una interpretación práctica antes de la edad reglamentaria, establecida a los dieciocho años para los muchachos y a los dieciséis para las jóvenes.

Esta inspección está encomendada a otros jóvenes que se hayan significado por su cultura y su serenidad en estas cuestiones, los cuales denuncian las anormalidades que advierten a los Comités, que entonces adoptan medidas e imponen sanciones que casi siempre consisten en la privación de la libertad por un tiempo determinado.

Por otra parte, no deja de encarecerse la gran importancia que desempeña la castidad en el desarrollo de las facultades intelectuales. Los ejercicios físicos, unidos a toda clase de práctica de la higiene científica, aparte del cuidado que se observa en el régimen de alimentación, contribuyen a reprimir las excitaciones que acompañan a la vida sedentaria. Puede decirse que la libertad de los educandos es absoluta para todo aquello que no afecte a la práctica sexual; es una libertad estrechamente vigilada que no permite ninguna transgresión grave. No obstante, cuando el desarrollo físico alcanza cierto grado de perfección, no tiene nada de extraño que los vigilantes muestren cierta tolerancia

respecto a los devaneos de los jóvenes mejor dotados con sus compañeras de colegio. Esto sólo se tolera cuando ambos están en condiciones de responsabilizarse de sus actos, y si en efecto se entablan relaciones sexuales prematuras, nada tiene de extraño que las parejas se unan legalmente, aunque sigan sometidas a las normas educativas.

Los conocimientos acerca de la contraconcepción forman parte de los métodos educativos, concediéndoseles tanta importancia como a los sistemas preventivos de las enfermedades venéreas. A veces, los preventivos son contraconceptivos también; pero su uso queda limitado a los estudiantes medio pensionistas de las grandes ciudades, donde no ha sido posible desarraigar por completo la prostitución, una de cuyas formas se contiene en el sistema de amor libre practicado por las mujeres, que en estas cuestiones no son menos liberales que los hombres menos escrupulosos de los países más "serios" en tal aspecto.

El estudiante ruso sabe que la prostitución encierra el gravísimo peligro de las enfermedades sexuales, que pueden convertir a un hombre sano y vigoroso en un ente inútil y despreciable. Todo esto lo ha aprendido en libros y de labios de sus maestros, aparte de que ha tenido ocasión de comprobarlo en sus visitas a las clínicas, hospitales y sifilicomios, donde los enfermos se consumen pagando bien cara su estúpida imprevisión. Al propio tiempo, ya aprendió a conocer que la sexualidad debe ir siempre unida al amor y que siempre tiene también que ser la consecuencia natural de éste. Los cursos de psicología están llenos de demostraciones a base de casos históricos, de párrafos o de obras enteras de los clásicos del amor, cuyas concepciones son completadas por medio de la explicación del analista moderno.

No se omite en este sistema la lectura de las obras eróticas y pornográficas, las cuales deben ser comentadas por los alumnos, a los que se encarga que subrayen aquellos párrafos o conceptos que consideren más atrevidos o excitantes con su comentario. Esta labor de examen de referidos trabajos está encomendada a los médicos especialistas en psicología sexual, el cual explora aisladamente la opinión de cada uno de los escolares para formar la correspondiente ficha de identidad psicosexual.

Las manifestaciones autoeróticas son objeto de un cuidadoso estudio por parte de los psicosexólogos. Claro es que para esto se requiere de la máxima sinceridad por parte de los escolares.

Por otra parte, cuando las manifestaciones no son provocadas, se observa que no existe el menor inconveniente en detallar todo lo posible los sueños y expresiones de estos aspectos irreprimibles.

En cuanto a la masturbación, los profesores emiten las opiniones más imparciales, sin esgrimir para nada esos argumentos terroríficos admitidos por los investigadores de otras épocas, y a los que deben achacarse no pocos trastornos psíquicos y morales padecidos por gentes demasiado impresionables. Las maniobras masturbatorias no pueden ser objeto de un control acertado; pero esto no obstante, se ejerce una vigilancia muy estrecha, especialmente en los retretes, que suelen ser colectivos y estar situados en lugares a propósito, que permiten la observación de los vigilantes.

Cuando un joven educando se ve en el trance de no poder dominar sus impulsos, tiene la obligación de denunciar su caso al médico, el cual le prescribe un tratamiento adecuado a su edad y a su temperamento. En último extremo, el muchacho queda en libertad de buscar la intimidad de una compañera, siempre que se comprometa a evitar aquellas consecuencias naturales que no estuviesen en armonía con su situación.

Esta "receta" se refiere al amor libre en la mayor parte de los casos. Los educadores, lo mismo que los educandos, saben que no es posible oponerse a las manifestaciones del impulso sexual más que en una medida prudente, si no quiere correrse el riesgo de los trastornos y enfermedades, cuyas causas tienen por origen la abstinencia sexual prolongada.

Sin embargo, estos casos extremos son verdaderamente raros, porque está demostrado científicamente que los impulsos no son nunca irresistibles antes de haber alcanzado el necesario grado de desarrollo. La solución de esta parte de la cuestión se encuentra en el matrimonio temprano, para el que existen todas las facilidades legales imaginables, lo mismo que para el divorcio.

No obstante esta legislación, que dispone que los matrimonios pueden ser disueltos a petición de uno de los cónyuges o por consentimiento mutuo, es justo afirmar que las desuniones son menos abundantes que en los países más refractarios a estas ideas modernas.

La razón del escaso número de divorcios y de matrimonios desgraciados está en que los esposos, y especialmente en lo que a la mujer afecta, no desconocen esos secretos de la vida conyu-

gal, que para muchas jóvenes occidentales representan en la noche de sus bodas la más terrible y repugnante de las revelaciones. Las ventajas de la educación sexual se advierten, en su aspecto social, a la hora del matrimonio efectivo, que suele ser la continuación de la prueba comenzada con algunos años de anterioridad.

Las teorías de la selección y de la eugenesia no son en Rusia una mera doctrina; la práctica sexual no es más que el conjunto debidamente organizado de todas las aportaciones y avances en esta ciencia que inició Galton. Por lo general, las escuelas de coeducación sexual son también verdaderas escuelas de los matrimonios felices. Quienes dicen que el amor no existe en Rusia, niegan, a sabiendas, la existencia de la fuerza intelectual más poderosa que contribuye a la reconstrucción y el mejoramiento de la raza. El hecho de que existan toda clase de garantías para afirmar la libertad del amor entre los jóvenes no implica necesariamente la existencia del libertinaje, ni muchísimo menos. El joven, desde muy niño, aprende a darse cuenta del alcance del papel que tiene que desempeñar en la vida y de la plena responsabilidad de sus actos. La circunstancias de que ni aun los mismos padres tengan sobre sus hijos los derechos que en la Europa occidental son tradicionales, advierte a los jóvenes que las obligaciones respecto a ellos quedan notablemente disminuídas. Por lo tanto, saben que no cuentan con más apoyo que el del Estado, y que esa libertad que se les concede lleva consigo las naturales obligaciones, los deberes más inalienables.

La nueva legislación soviética parece elaborada para proteger a la mujer. Pero esta protección no se refiere, como entre nosotros, a la parte moral de la vida, moral que siempre se relaciona con la sexualidad; la mujer está protegida con los mismos derechos que el hombre, y el Estado no se mezcla para nada en su vida sexual mientras no tenga hijos. Ahora bien, si los hijos aparecen como consecuencia natural del ejercicio de esos derechos sexuales, la mujer viene obligada a subvenir a las necesidades de la criatura mientras llega la hora de que el Estado se encargue de su educación. Si puede probar que no es hijo de padre desconocido, ese padre tiene que responsabilizarse de las consecuencias de su libertad sexual, y si hubiera, por ejemplo, tres hombres que hubieran tenido con ella comercio carnal al mismo tiempo, los tres quedan obligados a contribuir al sostenimiento del nuevo ciudadano del Soviet.

No obstante, estos casos son también muy raros, porque la nueva moral discurre por cauces bien distintos a los de la moral antigua. "En la nueva sociedad—dice Bebel—, la mujer será completamente independiente, tanto en lo social como en lo económico. No estará sometida ni al más leve vestigio de dominación y explotación, sino que será libre, igual al hombre, y dueña de su propio destino." Esta profecía de nace algunos años ha llegado a tomar el cuerpo de una evidente realidad. La mujer rusa de hoy ha llegado hasta tal punto en la práctica de sus derechos, que no tiene el menor inconveniente en declarar su amor al hombre que la agrada o de quien se ha enamorado. Claro es que desde el punto de vista de la psicología, este procedimiento tiene que parecernos completamente extraño, no digamos sólo a las costumbres y usos tradicionales, sino que también lo es en relación con las leyes de la selección sexual, que naturalmente atribuyen a la hembra, lo mismo animal que humana, una actitud pasiva, aunque toda ella sea actividad.

Como en otros aspectos de la sexualidad y de la vida en general la civilización y el desarrollo de la cultura transformaron casi desde sus cimientos el edificio de la moral natural, así la revolución rusa ha dado al traste con los caracteres más puros que resistieron los embates de la civilización. No cabe duda que esta igualdad de derechos que se inculca a los niños rusos en las escuelas de coeducación es tan artificiosa, en muchos aspectos, como el concepto de nuestra moral. No es natural, ni muchísimo menos, que la mujer se desprenda en absoluto de los rasgos psíquicos esenciales de su feminidad en su anhelo de equilibrarse al hombre. En este caso, muchas de las leyes protectoras de la mujer-madre no tienen razón de ser, puesto que no cabe duda que la que se declara espontáneamente a un hombre "seduciéndole", no tiene derecho a exigirle ninguna recompensa económica por el hecho de haberla convertido en madre.

La coeducación ha llegado hasta tal punto en la Rusia soviética. Pero esto no quiere decir que todas las mujeres adopten esa actitud inadecuada, si queremos admitir que la prostitución haya sido eliminada como dicen las propagandas soviéticas.

Lo que ocurre, sí, es que al establecerse desde muy temprana edad esa estrecha camaradería entre los dos sexos, nada tiene de

extraño que estos conflictos sentimentales se resuelvan dentro de la mayor sinceridad. Esto es muy importante, y debe tenerse en cuenta para justificar la actitud de las mujeres, que no encuentran trabas púdicas en una cuestión trascendental para su vida sexual, porque la confianza, la familiaridad, ya sabemos que tiende a suprimir ciertos convencionalismos y obstáculos que, si tienen gran importancia en la selección, no representan una barrera para contener las libres manifestaciones del impulso más primitivo, puesto que el incesto, rechazado por la cultura, es practicado por muchos pueblos salvajes; y aludimos al incesto como caso extremo de la familiaridad en relación con el impulso y la selección sexual.

En definitiva, toda esta asombrosa franqueza con que en Rusia se tratan las cuestiones del sexo no tienen por qué extrañarnos si conocemos un poco la historia de la Humanidad, porque, al fin y al cabo, toda esta actitud no es más que el retorno a unas costumbres más viejas, pero mucho más puras, que las que nosotros hemos conocido.

Pero, a pesar de todo ese aspecto agradable y científico de la educación de las nuevas generaciones soviéticas, no es fácil que el resto de Europa y del mundo civilizado se resuelva a acometer una empresa parecida. Esto sólo es posible en las sociedades comunistas organizadas a base de la mejor interpretación de los más sanos enunciados de la libertad. La pretendida inmoralidad de los procedimientos educativos, puestos en práctica con un éxito sin precedente en el mundo, no es, en definitiva, más que el resultado de la propaganda burguesa y tradicionalista, por un lado, y por otro, el temor al progreso de las verdaderas ideas democráticas, cuyo desarrollo es tanto más fácil cuanto lo sea el dominio del sexo.

Algunos países han iniciado la educación sexual de la juventud inspirándose en los sistemas rusos. Los médicos y sociólogos alemanes que han visitado Rusia regresaron a su país sinceramente asombrados ante el soberbio espectáculo ético de las nuevas generaciones. Siguiendo aquellas normas, se pretendió iniciar una campaña que, "en lo posible", se ajustase a los métodos soviéticos. Pero resulta que la supervivencia de los viejos prejuicios hizo ineficaz el esfuerzo, por la sencilla razón de que ya no era posible la misma sinceridad ni igual franqueza que la desplegada por los reformadores soviéticos.

Y es que todo lo que no sea ajustarse a los procedimientos netamente científicos, separando por completo los enunciados de la Naturaleza de los de la moralidad convencional, es trabajar en vano. Para llegar al extremo a que ha llegado Rusia fué preciso, antes que nada, revolucionar por entero las viejas concepciones en todos los órdenes de la existencia, saliendo del marasmo embrutecedor en que el artificio de la civilización tuvo sumido a este pueblo, que hoy ofrece al mundo entero el ejemplo de una organización que se basa en los principios generales de las leyes de la Naturaleza.

ÍNDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

LAS NORMAS CIENTIFICAS

Los educadores y su preparación.—Las normas pedagógicas de los pueblos supercultos.—Ia incultura de los padres.—La objetividad del maestro.—La psicología sexual.—Los métodos de enseñanza.—La Botánica y la Historia natural.—La difícil ignorancia del niño.—El origen de los niños.—Instrucción acerca de la procreación.—Puntos más importantes de la educación sexual.—La edad de iniciarla.—Fuentes de estudio para el pedagogo..... 9

EL HOGAR, LA ESCUELA Y LA CALLE

La madre del niño como iniciadora de los conocimientos elementales.—La previa preparación de la educadora.—Al niño hay que hablarle con sinceridad.—Consecuencias de la mentira.—El instinto del niño.—La pubertad de la niña.—La menstruación y su desconocimiento.—Graves resultados de esa ignorancia.—Higiene de la pubertad.—La calle, destructora del hogar y la escuela.—Ventajas de la calle.—Los educadores subalternos..... 25

LA COEDUCACION

Coeducación y desnudismo.—Los métodos alemanes.—El acercamiento a la Naturaleza.—La gimnasia como base de moraiidad.—La emulación estética.—El deseo natural de ostentación.—La higiene corporal.—El aspecto antiestético de la coeducación pubertal.—La coeducación en España y la protesta de los mojigatos.—La repugnancia hacia la masturbación.—Origen de las protestas.—¿Cómo pueden revelarse al niño los misterios del sexo? 43

Páginas.

LA MISION DEL MEDICO

La selección del niño para la educación escolar.—Higiene y alimentación.—El calor, enemigo de la pureza.—El castigo corporal en las escuelas.—De las disciplinas a la perversión algolágnica.—La ignorancia de los padres y los maestros.—Prescripciones médicas respecto a la higiene escolar.—El médico, como director de la enseñanza sexual.—Resultados de un plebiscito.—Las opiniones de los médicos célebres..... 55

EL SISTEMA RUSO

La sexualidad en la época zarista.—Los "Oktobriastos".—La autonomía escolar.—El padre y el hijo.—Características de la educación sexual.—División de la enseñanza.—Los cursos especiales.—Actitud del joven ante la prostitución.—El autoerotismo.—Selección y eugenesia.—La protección de la mujer.—Su actitud frente al amor.—Transformación de los impulsos naturales.—Imposibilidad de adoptar el sistema con reservas..... 65

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Las escuelas de Wurzberg..... 32

LAMINA II
Coeducación..... 33

LAMINA III
Los «Oktobriastos»..... 48

LAMINA IV
La nueva Rusia..... 49